

RICARDO FLORES MAGÓN

EL DERECHO DE REBELIÓN

Ricardo Flores Magón (1873-1922). Estudió en la Escuela Nacional Preparatoria y más tarde en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. En 1900 fundó con su hermano Jesús el periódico de oposición *Regeneración* que le valió el encarcelamiento. En 1902 editó el periódico *El Hijo de El Ahuizote*, y nuevamente fue aprehendido. Ambos periódicos fueron suprimidos por el régimen de Porfirio Díaz. En 1904, se exilió en Estados Unidos, desde donde volvió a editar *Regeneración* con su hermano Enrique. En 1906, presidió la fundación del Partido Liberal Mexicano. Estuvo involucrado en las huelgas de Cananea y Río Blanco. En 1911 lanzó el Manifiesto del Partido Liberal Mexicano. Ese mismo año dirigió la rebelión de Baja California y tomó el control de Tijuana y Mexicali, con el apoyo del sindicato *Industrial Workers of the World*. Después de ser derrotado por Madero, rompió lazos con él y rechazó el Tratado de Ciudad Juárez. Madero buscó una reconciliación, en vano pues Ricardo Flores Magón no creía en lo que él llamaba una "revolución burguesa". En 1918 publicó en *Regeneración* un manifiesto dirigido a los anarquistas del mundo, por lo que fue detenido y acusado de conspiración por el gobierno de Estados Unidos. Murió en la cárcel de Leavenworth, Kansas, gravemente enfermo. Escribió dos obras teatrales con fuerte contenido crítico: *Tierra y Libertad* (1916) y *Verdugos y víctimas* (1918).

EL DERECHO DE REBELIÓN

RICARDO FLORES MAGÓN

EL DERECHO DE REBELIÓN

RICARDO FLORES MAGÓN



LXII LEGISLATURA
CÁMARA DE DIPUTADOS



CONSEJO EDITORIAL
CÁMARA DE DIPUTADOS

BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO
LEGISLATIVO Y POLÍTICO MEXICANO

El derecho de rebelión
Ricardo Flores Magón
Primera edición, 2014.

IDEA ORIGINAL DE LA COLECCIÓN
Edgar Piedragil

COORDINACIÓN EDITORIAL
Enzia Verduchi

DISEÑO DE LA COLECCIÓN
Daniela Rocha

CUIDADO DE LA EDICIÓN
Roxana González

FORMACIÓN ELECTRÓNICA
Susana Guzmán de Blas

CORRECCIÓN
Anaís Abreu / Emiliano Álvarez

© Cámara de Diputados, LXII Legislatura
Avenida Congreso de la Unión No. 66
Col. El Parque, Del. Venustiano Carranza
C.P. 15960, México, D.F.

© Pámpano Servicios Editoriales S.A. de C.V.
Avenida Paseo de la Reforma N. 505, piso 33,
Col. Cuauhtémoc, Del. Cuauhtémoc
C.P. 06500, México, D.F.

ISBN: 978-84-16142-55-2 (Del título)
ISBN: 978-84-9394478-9-7 (De la colección)
D.L.: M-10889-2014

La fuente de las acotaciones biográficas de este título pertenecen al *Diccionario Porrúa de Historia, Biografía y Geografía de México*, 2 volúmenes.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier modo o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin la previa autorización expresa y por escrito de los editores, en los términos de lo así previsto por la Ley Federal del Derecho de Autor.

Impreso y hecho en México / *Printed and made in Mexico*

ÍNDICE

Presentación	9
El derecho de rebelión	11
En pos de la libertad	15
El Partido Liberal y el Antirreeleccionista	27
En marcha	33
La Revolución	37
La Revolución continúa en todo el país	43
Para después del triunfo	49
El derecho de propiedad	55

La Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano a los maderistas y a los mexicanos en general	61
¿Gobierno?	69
Por la patria	73
No queremos reformas	79
El miedo de la burguesía es la causa de la intervención	83
La patria burguesa y la patria universal	91

PRESENTACIÓN

El quehacer político, la política y los políticos hoy se encuentran en la disyuntiva de la participación ciudadana como elemento clave para la toma de decisiones que nuestro país requiere. La política ha dejado de ser una ideología definida, como lo fue en las décadas pasadas. Por más que nos empeñemos en hacer distingos ideológicos, sus bases son hoy tan difusas que poca fortuna tenemos al tratar de precisarlas.

Sin duda, son muchas las obras que, a lo largo del tiempo, han tratado de definir o circunscribir una determinada ideología, un determinado tipo de pensamiento o acción política. También son muchas las que en la actualidad analizan globalmente realidades, tratando de definir o, cuando menos, acercarse a los hechos ciudadanos como parte de las decisiones políticas, pero olvidan que las relaciones que las antecedieron son el objetivo de sus acciones presentes y futuras.

En este sentido, el Consejo Editorial de la Cámara de Diputados, durante la LXII Legislatura, ha trabajado para consolidar una vocación editorial que defina el carácter de nuestras publicaciones. Nuestra misión y visión nos han dado el marco perfecto para ello: “fortalecer la cultura democrática y el Poder Legislativo”. Así, se propuso recuperar las obras formativas de nuestra nación. Ya sea desde el periodismo y la crónica, ya

desde de la filosofía, el derecho y el quehacer legislativo, la conformación de una “Biblioteca del Pensamiento Legislativo y Político Mexicano” permitirá la publicación de obras esenciales para entender el entramado complejo que es nuestra política actual.

Tras la Independencia, la organización del joven país requirió de una intensa labor legislativa para reconocer que la soberanía reside en la Nación. Esto se prolongó hasta el afianzamiento como República por medio de las Leyes de Reforma, lo cual constituyó la revolución cultural más trascendente del siglo XIX mexicano. Su amplio recorrido durante dos siglos está representado en los estatutos que actualmente rigen el Estado.

De esta manera, la colección “Biblioteca del Pensamiento Legislativo y Político Mexicano” rescata una visión distinta de nuestro fuero y difunde los principios de libertad, integridad y democracia del pensamiento legislativo y político.

Pensar hoy en la historia de nuestro país, nos obliga a ser más críticos. Por ello, el impulso de este Consejo Editorial para apoyar la difusión de la cultura política y el fortalecimiento del Poder Legislativo nos inspiran a acercarnos a las nuevas generaciones en su propio lenguaje y formas de comunicación. Pensar en los libros como una extensión de la memoria, como decía Jorge Luis Borges, nos motivó a buscar a los lectores ideales para nuestras publicaciones: los jóvenes. Hoy, su participación política es fundamental para México. Por esta razón, recuperar, en ediciones sencillas y breves, los escritos de quienes, desde sus distintas tribunas, han sido a la vez formadores y críticos de las instituciones que hoy nos rigen, nos ha permitido confiar en la recuperación del pasado más inmediato para seguir forjando la ruta del futuro más próximo.

Consejo Editorial
Cámara de Diputados
LXII Legislatura

EL DERECHO DE REBELIÓN

Desde lo alto de su roca, el Buitre Viejo acecha. Una claridad inquietante comienza a disipar las sombras que en el horizonte amontonó el crimen, y en la lividez del paisaje parece adivinarse la silueta de un gigante que avanza: es la insurrección.

El Buitre Viejo se sumerge en el abismo de su conciencia, hurga los lodos del bajo fondo; pero nada halla en aquellas negruras que le explique el porqué de la rebelión. Acude entonces a los recuerdos; hombres y cosas y fechas y circunstancias pasan por su mente como un desfile dantesco: pasan los mártires de Veracruz, pálidos, mostrando las heridas de sus cuerpos recibidas una noche, a la luz de un farolillo, en el patio de un cuartel, por parte de soldados borrachos mandados por un jefe ebrio también de vino y de miedo; pasan los obreros de *El Republicano*, lívidos, las ropas humildes y las carnes desgarradas por los sables y las bayonetas de los esbirros; pasan las familias de Papantla, ancianos, mujeres, niños, acribillados a balazos; pasan los obreros de Cananea, sublimes en su sacrificio, chorreando sangre; pasan los trabajadores de Río Blanco, magníficos, mostrando las heridas denunciadoras del crimen oficial; pasan los mártires de Juchitán, de Verlardeña, de

Monterrey, de Acayucan, de Tomóchic; pasan Ordóñez, Olmos y Contreras, Rivero Echegaray, Martínez, Valadés, Martínez Carreón; pasan Ramírez Terrón, García de la Cadena, Ramón Corona; pasan Ramírez Bonilla, Albertos, Kantún, Leyva, Lugo, pasan legiones de espectros, legiones de viudas, legiones de huérfanos, legiones de prisioneros, y el pueblo entero pasa, desnudo, macilento y débil por la ignorancia y el hambre.

El Buitre Viejo alisa con rabia las plumas alborotadas por el torbellino de los recuerdos, sin encontrar en éstos el porqué de la revolución. Su conciencia de ave de rapiña justifica la muerte. ¿Hay cadáveres? La vida está asegurada.

Así viven las clases dominantes: del sufrimiento y de la muerte de las clases dominadas, y pobres y ricos, oprimidos y déspotas, en virtud de la costumbre y de las preocupaciones heredadas, consideran natural este absurdo estado de cosas.

Pero un día, uno de los esclavos toma un periódico y lo lee: es un periódico libertario. En él se ve cómo el rico abusa del pobre, sin más derecho que el de la fuerza y la astucia; en él se ve cómo el gobierno abusa del pueblo, sin otro derecho que el de la fuerza. El esclavo piensa entonces, y acaba por concluir que, hoy como ayer, la fuerza es soberana, y, consecuentemente con su pensamiento, se hace rebelde. A la fuerza no se la domina con razones: a la fuerza se la domina con la fuerza.

El derecho de rebelión penetra en las conciencias; el descontento crece; el malestar se hace insoportable; la protesta estalla al fin y se inflama el ambiente. Se respira una atmósfera fuerte por los efluvios de rebeldía que la saturan y el horizonte comienza a aclararse. Desde lo alto de su roca, el Buitre Viejo acecha. De las llanadas no suben ya rumores de quejas, ni de suspiros ni de llantos: es rugido el que se escucha. Baja

la vista y se estremece; no percibe una sola espalda: es que el pueblo se ha puesto de pie.

Bendito momento aquel en que un pueblo se yergue. Ya no es el rebaño de lomos tostados por el sol, ya no es la muchedumbre sórdida de resignados y de sumisos, sino la hueste de rebeldes que se lanza a la conquista de la tierra, ennoblecida porque al fin la pisan hombres.

El derecho de rebelión es sagrado, porque su ejercicio es indispensable para romper los obstáculos que se oponen al derecho de vivir. Rebeldía, grita la mariposa al romper el capullo que la aprisiona; rebeldía, grita la yema al desgarrar la recia corteza que le cierra el paso; rebeldía, grita el grano en el surco al agrietar la tierra para recibir los rayos del sol; rebeldía, grita el tierno ser humano al desgarrar las entrañas maternas; rebeldía, grita el pueblo cuando se pone de pie para aplastar a tiranos y explotadores.

La rebeldía es la vida; la sumisión es la muerte. ¿Hay rebeldes en un pueblo? La vida está asegurada y asegurados están también el arte, la ciencia y la industria. Desde Prometeo¹ hasta Kropotkin,² los rebeldes han hecho avanzar a la humanidad. Supremo derecho de los instantes supremos en la rebeldía. Sin ella, la humanidad andaría perdida aún en aquel lejano crepúsculo que la historia llama la edad de piedra; sin ella, la inteligencia humana hace tiempo que habría naufragado

¹ Prometeo, en la mitología griega, era un titán que robó el fuego de los dioses para entregárselos a los hombres y Zeus lo castigó por este hecho. Era considerado el protector de la civilización humana.

² Piotr Kropotkin (1842-1921). Revolucionario ruso y uno de los principales teóricos del movimiento anarquista. En Francia, fundó la revista *Le Révolté*, la cual circuló de 1879 a 1894, en cuyas páginas defendió las ideas anarquistas.

en el lodo de los dogmas; sin ella, los pueblos vivirían aún de rodillas ante los príncipes por “derecho divino”; sin ella, esta América hermosa continuaría durmiendo bajo la protección del misterioso océano; sin ella, los hombres verían aún perfilarse los recios contornos de esa afrenta humana que se llamó la Bastilla.³

Y el Buitre Viejo acecha desde lo alto de su roca, fija la sanguinolenta pupila en el gigante que avanza, sin darse cuenta aún del porqué de la insurrección. El derecho de rebelión no lo entienden los tiranos.

Regeneración, 10 de septiembre de 1910.

³ La Bastilla era una fortaleza convertida en prisión, localizada en el este de París, emblema de la autoridad de la monarquía absoluta. El 14 de julio de 1789, miles de obreros armados tomaron el edificio, que, en ese momento, custodiaba sólo a siete prisioneros. Este hecho marcó el inicio de la Revolución francesa, la cual derrocó a la monarquía y llevó al rey Luis XVI y a su familia a la guillotina.

EN POS DE LA LIBERTAD

La humanidad se encuentra, en estos momentos, en uno de esos periodos que se llaman de transición; esto es, en uno de esos momentos históricos en que las sociedades humanas hacen esfuerzos para transformar, el medio político y social en que han vivido, en otro que esté en mejor acuerdo con el modo de pensar de la época y que satisfaga un poco más las aspiraciones generales de la masa humana.

Quienquiera que tenga la buena costumbre de informarse de lo que ocurre por el mundo habrá notado, desde hace unos diez años a esta parte, un aumento de actividad en los diversos órdenes de la vida política y social. Se nota una especie de fiebre, una ansia parecida a la que se apodera del que siente que le falta aire para respirar. Es éste un malestar colectivo que se hace cada vez más agudo, como cada vez es más grande la diferencia entre nuestros pensamientos y los actos que nos vemos precisados a ejecutar, así en los detalles como en el conjunto de nuestras relaciones con nuestros semejantes. Se piensa de un modo y se obra de otro distinto: ninguna relación hay entre el pensamiento y la acción. A esta incongruencia del pensamiento y de la realidad, a esta falta de armonía entre el ideal y el hecho, se debe esa excitación febril, esa ansia, ese malestar, parte de

este gran movimiento que se traduce en la actividad que se observa en todos los países civilizados para transformar, este medio, este ambiente político y social —sostenido por instituciones caducas que ya no satisfacen a los pueblos—, en otro que armonice mejor con la tendencia moderna a obtener mayor libertad y mayor bienestar.

El menos observador de los lectores de periódicos habrá podido notar este hecho. Hay una tendencia general a la innovación, a la reforma, que se exterioriza en hechos individuales o colectivos: el destronamiento de un rey, la declaración de una huelga, la adopción de la acción directa por tal o cual sindicato obrero, la explosión de una bomba al paso de algún tirano, la entrada al régimen constitucional de pueblos hasta hace poco regidos por monarquías absolutas, el republicanismismo amenazando a las monarquías constitucionales, el socialismo haciendo oír su voz en los parlamentos, la Escuela Moderna abriendo sus puertas en las principales ciudades del mundo y la filosofía anarquista haciendo prosélitos hasta en pueblos como el del Indostán y la China. Hechos son éstos que no pueden ser considerados aisladamente, como si no tuvieran relación alguna con el estado general de la opinión, sino, más bien, como el principio de un poderoso movimiento universal, en pos de la libertad y la felicidad.

Esto indica claramente que nos encontramos en un periodo de transición, que ése es el carácter de la tendencia del movimiento universal. No se ve en él, en manera alguna, el propósito de conservar las formas de vida política y social existentes, sino que cada pueblo, según el grado de cultura que ha alcanzado, según el grado de educación en que se halla, y el carácter más o menos revolucionario de sus sindicatos obreros, reacciona contra el medio ambiente en pro de la transformación,

siendo digno de notarse que, en la mayoría de los casos, la fuerza propulsora para lograr la transformación en un sentido progresivo del ambiente, ya no viene desde arriba hacia abajo —esto es, de las clases altas a las bajas de la sociedad, como sucedía antes—, sino desde abajo hacia arriba, ya que los sindicatos obreros, en realidad, son los laboratorios en que se moldea y se prepara la nueva forma que adoptarán las sociedades humanas.

Este trabajo universal de transformación no podía dejar de afectar a México, que, aunque detenido en su evolución, de hace algunos años a esta parte, por la imposición forzosa de un despotismo sin paralelo casi en la historia de las desdichas humanas, da también señales de vida, pues no podía sustraérsele en esta época en que tan fácilmente se ponen en comunicación los pueblos todos de la tierra. Los diarios, las revistas, los libros, los viajeros, el telégrafo, el cable submarino, las relaciones comerciales, todo contribuye a que ningún pueblo quede aislado y sin tomar carácter mundial, y México toma la parte que le corresponde en ese panorama, dispuesto, como todos los pueblos de la tierra en este momento solemne, a dar un paso, si es que no puede dar un salto —que yo creo que sí lo dará—, en la grande obra de la transformación universal de las sociedades humanas.

México, como digo, no podía quedar aislado en el gran movimiento ascensional de las sociedades humanas, y prueba de lo que digo es la agitación que se observa en todas las ramas de la familia mexicana. Haciendo a un lado preocupaciones de bandería (aunque creo no padecer de ésta), voy a plantear ante vosotros la verdadera situación del pueblo mexicano y lo que la causa universal de la dignificación humana puede esperar de la participación de la sociedad mexicana en

el movimiento de transformación del medio ambiente. No por su educación, sino por las circunstancias especiales en que se encuentra el pueblo mexicano, es probable que sea nuestra raza la primera en el mundo que dé un paso franco en la vía de la reforma social.

México es el país de los inmensamente pobres y de los inmensamente ricos. Casi puede decirse que en México no hay término medio entre las dos clases sociales: la alta y la baja, la poseedora y la no poseedora. Hay, sencillamente, pobres y ricos. Los primeros, los pobres, privados casi en lo absoluto de toda comodidad, de todo bienestar; los segundos, los ricos, provistos de todo cuanto hace agradable la vida. México es el país de los contrastes. Sobre una tierra maravillosamente rica, vegeta un pueblo incomparablemente pobre. Alrededor de una aristocracia brillante, ricamente ataviada, pasea sus desnudeces la clase trabajadora. Lujosos trenes y soberbios palacios muestran el poder y la arrogancia de la clase rica, mientras los pobres se amontonan en las vecindades y pocilgas de los arrabales de las grandes ciudades. Y como para que todo sea contraste en México, al lado de una gran ilustración adquirida por algunas clases, se ofrece la negrura de la supina ignorancia de otras.

Estos contrastes, tan notables que ningún extranjero que visita México puede dejar de observar, alimentan y robustecen dos sentimientos: uno, de desprecio infinito de la clase rica e ilustrada por la clase trabajadora, y otro, de odio amargo de la clase pobre hacia la clase dominadora. A la vez, la notable diferencia entre las dos clases va marcando en cada una de ellas caracteres étnicos distintos, al grado de que casi puede decirse que la familia mexicana está compuesta de dos razas diferentes, y que, andando el tiempo, esa diferencia será de tal naturaleza

que, al hablar de México, los libros de geografía del porvenir dirán que son dos las razas las que lo pueblan; esto, si no se verificase una conmoción social que acercase las dos clases sociales y las mezclase, y fundiese las diferencias físicas de ambas en un solo tipo.

Cada día se hacen más tirantes las relaciones entre las dos clases sociales, a medida que el proletariado se hace más consciente de su miseria y la burguesía se da mejor cuenta de la tendencia, cada vez más definida, de las clases laboriosas a su emancipación.

El trabajador ya no se conforma con los mezquinos salarios acostumbrados. Ahora, emigra al extranjero en busca de bienestar económico, o invade los grandes centros industriales de México. Se está acabando, en nuestro país, el tipo de trabajador por el cual suspira la burguesía mexicana: aquel que trabajaba para un solo amo toda la vida; el criado que, desde niño, ingresaba a una casa y se hacía viejo en ella; el peón que no conocía ni siquiera los confines de la hacienda donde nacía, crecía, trabajaba y moría. Había personas que no se alejaban más allá de donde todavía podían ser escuchadas las vibraciones del campanario de su pueblo. Este tipo de trabajador está siendo cada vez más escaso. Ya no se consideran, como antes, sagradas las deudas con la hacienda; las huelgas son más frecuentes, de día en día, y en varias partes del país nacen los embriones de los sindicatos obreros del porvenir. El conflicto entre el capital y el trabajo es ya un hecho, un hecho comprobado por una serie de actos que tienen exacta conexión unos con otros, así como la misma causa, la misma tendencia. Hace algunos años, se dieron los primeros movimientos del que despierta y se encuentra con que desciende por una pendiente; ahora, vemos ya la desesperación del que se da cuenta

del peligro y lucha, a brazo partido, movido por el instinto de propia conservación.

Instinto, digo, y creo no equivocarme. Hay una gran diferencia en el fondo de dos actos, al parecer, iguales. El instinto de propia conservación impele a un obrero a declararse en huelga para ganar algo más, de modo que pueda pasar mejor la vida. Al obrar así, ese obrero no tiene en cuenta la justicia de su demanda. Simplemente quiere tener algunas pocas comodidades de las cuales carece, y, si las obtiene, hasta se lo agradece al patrón, y tal gratitud demuestra que no tiene idea alguna sobre el derecho que corresponde, a cada trabajador, de no dejar ganancia alguna a sus patrones. En cambio, el obrero que se declara en huelga, con el preconcebido objeto de obtener, no sólo un aumento en su salario, sino de restar fuerza moral al pretendido derecho del capital a obtener ganancias a costa del trabajo humano, obra conscientemente y la trascendencia de su acto será grande para la causa de la clase trabajadora.

Pero si este movimiento espontáneo, producido por el instinto de la propia conservación, es inconsciente para la masa obrera mexicana, en general no lo es para una minoría selecta de la clase trabajadora de nuestro país, verdadero núcleo del gran organismo que resolverá el problema social en un porvenir cercano. Esa minoría, al obrar en un momento oportuno, tendrá el poder suficiente para llevar la gran masa de trabajadores a la conquista de su emancipación política y social.

Esto en cuanto a la situación económica de la clase trabajadora mexicana. Por lo que respecta a su situación política, a sus relaciones con los poderes públicos, todos vosotros sois testigos de cómo se las arregla el gobierno para tener sometida a la clase proletaria. Para ninguno de vosotros es cosa nueva

saber que sobre México pesa el más vergonzoso de los despotismos. Porfirio Díaz,¹ el jefe de ese despotismo, ha tomado especial empeño en tener a los trabajadores en la ignorancia de sus derechos tanto políticos como sociales, pues sabe bien que la mejor base de una tiranía es la ignorancia de las masas. Un tirano no confía tanto la estabilidad de su dominio en la fuerza de las armas como en la ceguera del pueblo. De aquí que Porfirio Díaz no tome empeño en que las masas se eduquen y se dignifiquen. El bienestar, por sí solo, obra benéficamente en la moralidad del individuo; Díaz lo comprende así, y, para evitar que el mexicano se dignifique por el bienestar, aconseja a los patrones que no paguen salarios elevados a los trabajadores. De ese modo, cierra el tirano todas las puertas a la clase trabajadora mexicana, arrebatándole dos de los principales agentes de fuerza moral: la educación y el bienestar.

Porfirio Díaz ha mostrado siempre decidido empeño en conseguir que el proletariado mexicano se considere a sí mismo inferior en mentalidad, moralidad y habilidad técnica, y hasta en resistencia física, a su hermano, el trabajador europeo y norteamericano. Los periódicos pagados por el gobierno, entre los que descuella *El Imparcial*,² han aconsejado, en todo

¹ Porfirio Díaz Mori (1830-1915). Militar, político y estadista mexicano. Candidato a la presidencia por el Partido Progresista, fue derrotado por Juárez y, a la muerte de éste, en 1872, se sublevó contra Lerdo de Tejada. En noviembre de 1871, lanzó el Plan de La Noria, en el que se pronunciaba contra el reeleccionismo y el poder personal, y a favor de la Constitución de 1857 y de la libertad electoral. En 1876, accedió a la presidencia; en 1880, la Cámara lo declaró presidente constitucional. Gobernó el país durante más de treinta años.

² Nora Pérez-Rayón puntualiza que “El llamado «liberalismo científico» que apoyó y justificó la dictadura de Díaz fue defendido por otros órganos

tiempo, sumisión al trabajador mexicano, en virtud de esa supuesta inferioridad, insinuando que, si el trabajador lograra mejor salario y una disminución de la jornada de trabajo, tendría más dinero que derrochar en el vicio y más tiempo para contraer malos hábitos.

Esto, naturalmente, ha retrasado la evolución del proletariado mexicano; pero no es lo único que ha sufrido bajo el feroz despotismo del bandolero oaxaqueño. La miseria en su totalidad más aguda, la pobreza más abyecta, ha sido el resultado inmediato de esa política que tan provechosa ha sido, así al despotismo como a la clase capitalista. Política provechosa para el despotismo ha sido ésta, porque, por medio de ella, se han podido echar sobre las espaldas del pobre todas las cargas: las contribuciones son pagadas, en último análisis, por los pobres exclusivamente; el contingente para el ejército se recluta exclusivamente entre la masa proletaria; los servicios gratuitos que imponen las autoridades de los pueblos recaen también, exclusivamente, en la persona de los pobres. Las autoridades, tanto políticas como municipales, fabrican fortunas multando a los trabajadores con el menor pretexto. Y, para que la explotación sea completa, las tiendas de raya reducen casi a nada los

periodísticos como *El Universal* y *El Partido Liberal*. Con la aparición de *El Imparcial*, en 1896, mueren *El Siglo XIX* y *El Monitor Republicano*. El nuevo diario estimulará el desarrollo de un periodismo con características distintas: un contenido mucho más amplio y diversificado de noticias en detrimento del artículo de opinión, ejemplares mucho más baratos gracias a extraordinarios subsidios gubernamentales y a las nuevas tecnologías, y, por lo tanto, al alcance de públicos más grandes”, en “La prensa liberal en la segunda mitad del siglo XIX”, *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, Belem Clark de Lara y Elisa Speckman eds., vol. II, México, UNAM, 2005, p. 156.

salarios, y el clero los merma aun más, vendiendo el derecho de entrada al cielo.

No se sabe qué tanto tiempo tendría que durar esta situación para el proletariado mexicano, si, por desgracia, no hubieran alcanzado los efectos de la tiranía de Porfirio Díaz a las clases directoras mismas. Éstas, durante los primeros lustros de la dictadura de Porfirio Díaz, fueron el mejor apoyo del despotismo. El clero y la burguesía, unidos fuertemente a la autoridad, tenían al pueblo trabajador completamente sometido; pero, como la ley de la época es la competencia en el terreno de los negocios, una buena parte de la burguesía ha sido vencida por una minoría de su misma clase, formada de hombres inteligentes que se han aprovechado de su influencia en el poder público para hacer negocios cuantiosos, acaparando para sí las mejores empresas y dejando sin participación en ellas al resto de la burguesía. Esto ocasionó, naturalmente, la división de esa clase, quedando leal a Porfirio Díaz la minoría burguesa conocida con el nombre de los “científicos”,³ mientras el resto volvió

³ Elisa Speckman Guerra, señala que el grupo de “los «científicos», [estaba] conformado por figuras como Justo Sierra, Miguel y Pablo Macedo, Rosendo Pineda, Joaquín Casasús y Francisco Bulnes. Se trataba de profesionistas destacados, algunos pertenecientes a familias acaudaladas y otros vinculados a ellas, reunidos originalmente en torno a Manuel Romero Rubio, y fundadores de la Unión Liberal, asociación que defendía un gobierno de instituciones y que pugnaba por fortalecer las existentes, para lo cual propuso reformas, como la creación de la vicepresidencia. Por otro lado, de acuerdo con la filosofía positivista, los «científicos» consideraban que el método científico debía aplicarse al estudio de la sociedad y a la resolución de sus problemas; en otras palabras, pensaban que el estudio sistemático de la sociedad les permitiría comprender las leyes que regían su funcionamiento y conducirlas, con lo cual podrían eliminar las trabas que obstaculizaban el progreso social...”, en “El porfiriato”, *Nueva historia mínima de México*, México, El Colegio de México, 2004, pp. 200-201.

armas contra el gobierno y formó los partidos militantes de oposición a Díaz y a Ramón Corral, el vicepresidente,⁴ bajo las denominaciones de Partido Nacionalista Democrático⁵ y Partido Nacional Antirreeleccionista.⁶ Los programas conservadores de estos partidos no dejan lugar a duda de que no son absolutamente burgueses. Sea como fuere, esos dos partidos forman parte de las fuerzas disolventes que obran en estos momentos contra la tiranía que impera en nuestro país, de las cuales, la del Partido Liberal⁷ constituye la más enérgica y será la

⁴ En 1904, Porfirio Díaz decidió reintroducir el cargo del vicepresidente y eligió a Ramón Corral Verdugo (1854-1912), un político impopular y controvertido, para el cargo. Para las elecciones de 1910, en las que Díaz buscó ser elegido presidente por octava vez, el presidente nombró a Corral otra vez como su candidato a la vicepresidencia.

⁵ El Partido Nacionalista Democrático se fundó el 22 de marzo de 1909, sus integrantes eran antiguos partidarios de Bernardo Reyes. Sus principales dirigentes fueron el ingeniero Ángel Zozaya y el periodista Diego Arenas Guzmán. Su lema era: “Abnegación por la patria y justicia a todos los hombres”.

⁶ Sobre la fundación de este partido, Javier García Diego acota que: “Las crisis que caracterizaron el final del porfiriato explican que Francisco I. Madero se tornara crítico de la política económica de los «científicos» y llegara a la conclusión de que se debía crear un partido político de alcance nacional que se opusiera a la reelección de Díaz en 1910. A ello se abocó desde la segunda mitad de 1909, realizando tres giras para promover la creación de clubes antirreeleccionistas, que deberían nombrar delegados estatales a una convención nacional que se celebraría a principios de 1910, en la que se constituyó el Partido Nacional Antirreeleccionista y se designó a sus candidatos para las elecciones presidenciales: Madero y el ex reyista Francisco Vázquez Gómez, fórmula que sellaba la alianza entre ambos movimientos...”, en “La Revolución”, *op. cit.* pp. 228-229.

⁷ Alude al Partido Liberal Mexicano (PLM). “En 1901, el grupo de *Regeneración* fundó el Partido Liberal Mexicano, con Ricardo Flores Magón, Camilo Arriaga, Antonio Díaz Soto y Gama y Juan Sarabia. El nombre y la ideología inicial se entroncaban con la tradición del ala radical del juarismo

que, en último resultado, prepondere sobre los demás, como es de desearse, por ser el Partido Liberal el verdadero partido de los oprimidos, de los pobres, de los proletarios; la esperanza de los esclavos del salario, de los desheredados, de los que tienen por patria una tierra que pertenece por igual a científicos porfiristas como a burgueses demócratas y antirreeleccionistas.

La situación del pueblo mexicano es especialísima. Contra el poder público, obran, en estos momentos, los pobres, representados por el Partido Liberal, y los burgueses, representados por los partidos Nacionalista Democrático y Nacional Antirreeleccionista. Esta situación tiene forzosamente que resolverse en un conflicto armado. La burguesía quiere negocios que la minoría científica no ha de darle. El proletariado, por su parte, quiere bienestar económico y dignificación social, por medio de la toma de posesión de la tierra y la organización sindical, a lo que se oponen, por igual, el gobierno y los partidos burgueses.

Creo haber planteado el problema con claridad suficiente. Una lucha a muerte se prepara en estos momentos para la modificación del medio en que el pueblo mexicano, el pueblo pobre, se debate en una agonía de siglos. Si el pueblo pobre triunfa —esto es, si sigue las banderas del Partido Liberal, que es el de los trabajadores y las clases que no poseen bienes de fortuna—, México será la primera nación del mundo que dé un paso franco por el sendero de los pueblos todos de la tierra. Aspiración poderosa que agita a la humanidad entera, sedienta

y el liberalismo mexicano de los años de la Reforma. Inmediatamente, tanto el periódico como el partido se convirtieron en el blanco de la represión de la dictadura porfirista”, en Adolfo Gilly, *La revolución interrum-pida*, 2ª ed., México, Ediciones Era, 2007, p. 75.

de libertad, ansiosa de justicia, hambrienta de bienestar material; aspiración que se hace más aguda a medida que se ve con más claridad el evidente fracaso de la república burguesa para asegurar la libertad y la felicidad de los pueblos.

Disertación leída en la sesión del *Grupo Regeneración*,
el 30 de octubre de 1910.

EL PARTIDO LIBERAL Y EL ANTIRREELECCIONISTA

En su edición del 23 del pasado octubre, al comentar *El Diario del Hogar*,¹ de la ciudad de México, un artículo publicado por el periódico americano *El Paso Times* de El Paso, Texas, acerca de la venida de Madero a los EUA, dice: “El Partido

¹ Nora Pérez-Rayón anota que *El Diario del Hogar*, “fundado por Filomeno Mata en 1881 como un periódico más bien apolítico y orientado a asuntos domésticos y cotidianos, pasará a la oposición con motivo de la reelección de Díaz en 1888, y a partir de ahí la temática política estará en el centro de sus preocupaciones. Abanderado de libertades y principios democráticos, hace frente común con periodistas liberales desafectos al régimen. Será un paladín en la lucha por la alternancia y la no reelección de todos los poderes. En 1900, invita directamente a Díaz a ser el promotor de un camino político y democrático y consumir una obra con aciertos que el diario no le regatea. Filomeno Mata estuvo no menos de 30 veces en la cárcel. *El Diario del Hogar* resultó el periódico más perseguido, a pesar de que su circulación fue siempre limitada (de 850 a 1,000 ejemplares diarios). Sus críticas a las continuas reelecciones de Díaz y de gobernadores, diputados, senadores, presidentes municipales, así como de los abusos de corrupción de la clase política en el poder (de la cual eximía a Díaz, por quien conservó respeto y admiración), lastimaban particularmente, pues eran apreciadas como un reproche de familia. Además, se trataba de una denuncia persistente y producía una irritación que no despertaba la oposición esporádica. El periódico destacó por formar y ser semillero de otros diarios”, *op. cit.*, p. 155.

Liberal, que así podemos llamarlo, determinando claramente que es el Antirreeleccionista, no rechaza a Madero, que es muy suyo”.

No queremos dejar pasar inadvertido este error, que no otra cosa es considerar como una misma cosa al Partido Liberal Mexicano y al Partido Nacional Antirreeleccionista. Es preciso hacer ver este error, porque, en realidad, no es solamente *El Diario del Hogar* quien lo propala como una verdad, sino que lo mismo aseguran muchas personas, de buena fe, unas, y otras, con el propósito de restar fuerza al Partido Liberal en favor del Antirreeleccionista, asegurando esas personas, a los liberales, que Madero¹ y nosotros estamos de acuerdo y que los dos partidos son uno solo con distintas denominaciones.

El Partido Liberal lucha por obtener la libertad política y la libertad económica para todos los mexicanos; esto es, que todos sean libres como ciudadanos y todos tengan pan. Para que el pueblo esté en camino de conseguir esos bienes, el Partido Liberal quiere el debilitamiento de la fuerza absorbente que caracteriza al Poder Ejecutivo; el debilitamiento igualmente de la influencia que ejerce el clero en la vida política y en el hogar de los ciudadanos; la dignificación y educación del proletariado, teniendo como base el bienestar material que produce el aumento

¹ Francisco I. Madero (1873-1913). En 1908, escribió el libro *La sucesión presidencial en 1910*. En mayo de 1909, fundó el Centro Antirreeleccionista de México. Organizó una gran campaña electoral en contra de Díaz, por lo que tuvo que huir del país. En San Antonio, Texas, publicó el Plan de San Luis Potosí, que convocaba a la rebelión para el 20 de noviembre de 1910. El 7 de junio de 1911, entró en la capital del país como jefe de la revolución triunfante. Organizó el Partido Constitucional Progresista para las elecciones de 1911. Fue presidente durante 15 meses. Renunció a su cargo el 19 de febrero de 1913, después de que sus enemigos lo hicieran prisionero. Fue asesinado el 22 de febrero de ese año en la ciudad de México.

de los salarios y la disminución de las horas de trabajo; la abolición de la miseria y el engrandecimiento de la raza por medio de la entrega al pueblo de la tierra y de los útiles para trabajarla. Ésta es la esencia del programa del Partido Liberal Mexicano, promulgado, por la Junta Organizadora del mismo, el primero de julio de 1906, en la ciudad de St. Louis, Missouri.

Este programa es bien distinto del Programa del Partido Antirreeleccionista, el cual, por ejemplo, no pone ningún freno a la influencia del clero en los destinos del pueblo mexicano; influencia que ha sido funesta a la evolución de los pueblos que la han sufrido y que retarda el progreso de los que aún se hallan sometidos a ella. La característica de todo partido liberal es su lucha contra el clero, y el Partido Antirreeleccionista no sólo no vuela contra el clero, sino que su jefe, Francisco I. Madero, ha declarado, pública y solemnemente, en algunos de sus discursos, que no está dispuesto a poner en vigor las leyes de Reforma ni a hostilizar en manera alguna al clero. El éxito de su gira por Puebla se debió a su alianza con el clero. Tan buenas son las relaciones que Madero sostiene con el clero que una buena parte de la prensa clerical está a su favor y la clerigalla poblana celebró, con gran bombo, misas para salvar al candidato antirreeleccionista de la cárcel. ¿Puede ser liberal el partido maderista? Claro está que no. Los liberales luchamos enérgicamente contra el clero, al que consideramos aliado natural de todos los tiranos, pues mientras estos oprimen por medio de la fuerza, los clérigos predicán la sumisión y el respeto para los amos y la autoridad, so pena de condenación en el infierno. ¿Quién no recuerda, además, los inmensos males que el clero ha hecho al pueblo mexicano? El clero fue el peor enemigo que tuvieron los insurgentes mexicanos durante la guerra de Independencia. El clero degradó y excomulgó a

Hidalgo,² sostuvo a los gobiernos conservadores, recibió bajo palio a los invasores norteamericanos en 1847,³ levantó a las masas contra los liberales y sostuvo la guerra de Tres Años,⁴ provocó la invasión de los franceses y fabricó un trono para colocar en él al príncipe extranjero Fernando Maximiliano de Austria.⁵ Auxilió, con su dinero y su influencia, a Porfirio

² Miguel Hidalgo y Costilla (1753-1811). En 1808, se unió a los movimientos patriotas que trabajaban por la Independencia. El 16 de septiembre de 1810, convocó al pueblo a luchar contra los españoles que apoyaban al rey José Bonaparte. Lideró un ejército que ganó algunas batallas y organizó un gobierno en Guadalajara, donde decretó la abolición de la esclavitud y derogó los tributos indígenas. El tribunal de la Inquisición tenía abierto un proceso contra Hidalgo desde julio de 1800, acusándolo de hereje y apóstata de la religión; proceso que se reanudó en septiembre de 1810. En 1811, el inquisidor fiscal presentó formal acusación en su contra, fundada en 53 cargos. Junto a sus principales oficiales, Hidalgo fue capturado cuando escapaba a los Estados Unidos. El proceso de Hidalgo se alargó por su carácter de religioso. Fue fusilado en Chihuahua el 30 de julio de 1811.

³ Se refiere a la Invasión norteamericana en México, sucedida entre 1846 y 1848, cuyos antecedentes se remontan a las políticas expansionistas de Estados Unidos. Cuando México logró su independencia, Estados Unidos intentó impulsar un tratado de límites en el que pretendía anexarse la provincia mexicana de Texas. Posteriormente, se inició un proceso de ocupación pacífica, en la que miles de emigrantes estadounidenses se fueron estableciendo, con o sin permiso de las autoridades mexicanas, en esa región. El 1 de marzo de 1836, Texas proclamó su independencia de México y en marzo de 1845 la República de Texas se anexó a Estados Unidos.

⁴ La Guerra de Reforma o Guerra de los Tres Años fue un conflicto bélico que se desarrolló del 17 de diciembre de 1857 al 1 de enero de 1861, y que consistió en el enfrentamiento entre liberales y conservadores, pues éstos últimos pretendían la abolición de la Constitución liberal de febrero de 1857.

⁵ Se refiere a la Segunda Intervención francesa en México, la cual llevó a Fernando Maximiliano José María de Habsburgo-Lorena (1832-1867) a convertirse en el segundo emperador de México. Fue impuesto por Napoleón III, quien invadió el país, para exigir el pago de las deudas del gobierno de Juárez, en 1861.

Díaz, para asaltar la presidencia de la República, y hoy ayuda moralmente a Madero, para ganar el sillón presidencial.

Nada se dice en el programa del Partido Antirreeleccionista sobre la dignificación y educación del proletariado, teniendo como base el bienestar material que produce el aumento de los salarios y la disminución de las horas de trabajo. Esto se explica si se tiene en cuenta que dicho partido está integrado por la clase capitalista e influido por el clero. A los capitalistas, naturalmente, no les hace gracia dar mejores salarios a los trabajadores.

Menos aún, se dice algo en el programa del Partido Antirreeleccionista sobre la abolición de la miseria y el engrandecimiento de la raza por medio de la entrega al pueblo de la tierra y de los útiles para trabajarla. Eso es natural, porque los ricos y el clero lo quieren todo para sí.

Deseamos que no se deduzca de lo que decimos que consideramos a Francisco Madero como un ambicioso vulgar que lucha por aumentar sus riquezas. Francisco I. Madero es un hombre de buena fe que ha sacrificado su tranquilidad y ha hecho lo que pocos hacen: desprenderse de sumas cuantiosas en pro de sus ideales. Ha luchado como bueno; pero sus ideales no son los del proletariado: sus ideales son los de la burguesía; esto es, de los ricos, de los intelectuales y de los clérigos. Madero cree que un partido de la burguesía puede operar el engrandecimiento de la raza mexicana, mas la experiencia demuestra que los partidos burgueses, ya sean republicanos o monárquicos, no procuran el bienestar de los pobres, ni, lógicamente, se puede esperar que lo hagan, dado que los intereses de las dos clases sociales, la poseedora y la no poseedora, son distintos; son antagónicos. Los partidos burgueses, desde la Revolución francesa hasta nuestros días, y lo mismo en los EUA que en Suiza, en la Argentina que en Francia, no se

han preocupado de otra cosa, cuando están en el poder, que del beneficio exclusivo de las clases altas de la sociedad.

Se ve, por lo expuesto, que el Partido Liberal y el Partido Antireeleccionista, no tienen nada en común, a no ser el deseo de que deje de oprimir al pueblo mexicano la dictadura de Porfirio Díaz. Pero mientras el Partido Liberal trabaja por un cambio radical en las condiciones de vida del pueblo, el Partido Antireeleccionista se conforma con la simple caída del tirano y, muy especialmente, de la camarilla “científica”, que ha acaparado los negocios por los que suspiran los capitalistas que no forman parte de ésta.

Deseamos que los liberales se penetren bien del espíritu de los trabajos del Partido Liberal, para que no haya más confusiones. Ciertamente, el Partido Antirreeleccionista es un partido de oposición al gobierno actual, pero sus tendencias son diametralmente distintas a las tendencias del Partido Liberal. El Partido Antirreeleccionista es un verdadero partido conservador.

Ahora, a escoger cada quien su bandera. Con nosotros, los que aspiren a ver ennoblecida, libre y feliz a la raza mexicana. Con los demás partidos, los que quieran el engrandecimiento y el poderío de una parte reducida de la familia mexicana.

Regeneración, 5 de noviembre de 1910.

EN MARCHA

Porfirio Díaz está atareadísimo. Este viejo perverso no puede conformarse con la idea de dejar el poder, y, a los ochenta años de edad, hace derroche de actividad y de energía para no soltar, para no permitir que le arrebaten la presa que devora hace más de treinta años. No sacia su hambre de oro; no sacia su sed de sangre. El dolor humano no tiene ninguna significación para su conciencia encallecida. No le preocupa la suerte de quince millones de seres humanos; para él, lo importante es conservar el poder en sus manos para robar, para matar, para alimentar su codicia y su ambición. Y el bandido se da prisa; la Revolución está en marcha y la granjería que ocupa los puestos públicos, a imitación de su jefe, se da prisa también. Las uñas de los funcionarios arañan los fondos de los cofres, sacando hasta el último centavo; los polizontes alargan los cuellos como buitres que buscan la presa; Limantour,¹ en Europa, se arrodilla ante los banqueros, pidiendo millones y más millones a gran prisa, antes de que suene la hora; los

¹ José Yves Limantour Marquet (1854-1935). Secretario de Hacienda y Crédito Público durante el porfiriato, de 1893 a 1911. Fue líder del grupo de “los científicos”.

jefes militares y sus oficialillos buscan ansiosamente al médico que ha de salvarlos de las balas revolucionarias, por medio de un certificado falso de falta de salud; los gobernadores de los Estados acuden en tropel al Palacio Nacional a recibir la orden de “matar en caliente”² a cuanto revolucionario, o sospechoso de serlo, caiga entre sus garras; los lacayos de la Cámara de Diputados votan precipitadamente un terrible aumento en el sueldo del tirano –ciento cincuenta pesos diarios– cuando hay millones de mexicanos que no comen carne en todo el año.

Sí, daos prisa, ibandoleros!; repletaid bien vuestros bolsillos, arrebatad hasta el último cobre que había podido ocupar a vuestra codicia, porque vuestros minutos están contados...

Aunque se ocurre preguntar: ¿para qué tanto dinero? ¿Esperáis salir con vida del caos que, con vuestro despotismo, habéis preparado? Lo práctico sería que hicierais vuestro testamento a favor del pueblo, y ya es tiempo de hacerlo; urge hacerlo. Las águilas de Jiménez y Acayucan, las Vacas y Viesca, Palomas y Valladolid son cóndores ahora. Martínez Carreón, Lugo, De la Peña, Albertos, Kantún y Ramírez Bonilla, claman venganza desde sus sepulcros. “¡Venganza!”, gritan los mártires de Veracruz; “¡venganza!”, responde Papantla; “¡venganza!”, clama

² Referente a esta frase, Elisa Speckman Guerra señala: “en 1879 el gobernador de Veracruz ordenó fusilar a nueve rebeldes lerdistas, quizá porque exageró la orden del presidente [Díaz], quien le pidió que castigara a los cabecillas de la sublevación que a la vez fueran oficiales de la armada, aunque hay quienes dicen que existió otro telegrama con una somera instrucción: «Mátelos en caliente». También fueron ahogadas en sangre las rebeliones agrarias de Sonora y Yucatán... Además, asaltantes de caminos y bandoleros, entre ellos Jesús Arriaga («Chucho el Roto») y Heraclio Bernal («El Rayo de Sinaloa»), fueron capturados o asesinados aplicándose la «ley fuga».”, *op. cit.*, p. 198.

Juchitán; “¡venganza!”, repite Monterrey; “¡venganza!”, ruge Cananea; “¡venganza!”, grita Río Blanco; y Velardeña, Tehuizingo, Tlaxcala, Pótam y Chan Santa Cruz claman ¡venganza, venganza, venganza...!

¡Ojo por ojo, diente por diente! Las viudas, los huérfanos, los deudos de vuestras víctimas deberían ser los primeros en tirar la cuerda que os ha de quitar la vida cuando la justicia popular pronuncie su sentencia inapelable. ¡Guay de vosotros el día de la justicia! Os ahogaréis en la misma sangre que habéis derramado.

Tembláis, ¡cobardes!, cuando se os habla de muerte. ¿No la habéis prodigado sin tasa? ¡Y qué diferencia!: a vosotros os ajusticiará el pueblo en medio de la Revolución, mientras vosotros habéis asesinado al pueblo a sangre fría, sin causa justificable, a no ser que consideréis legítimos vuestro dominio y vuestros crímenes.

La Revolución se acerca; ¡arriba, arriba los valientes! Es preferible morir como dioses en plena lucha, a la luz del sol, en el campo de batalla, que como mendigos en los jergones de nuestras covachas.

Porfirio Díaz ha descubierto un excelente medio para ganarse las simpatías de la prensa norteamericana sin necesidad de subvenciones pagadas en monedas contantes y sonantes: les regala “tierritas” a sus queridos primos, los escritores yanquis.

En los diarios de esta ciudad, se anuncia descaradamente la venta de las tierras que pertenecían a los yaquis y que ahora son propiedad de varias compañías norteamericanas. Para proteger los intereses de los extranjeros, Porfirio Díaz deporta a Yucatán a los “levantiscos” yaquis. ¡Hay que tener fe en la justicia!

Regeneración, 12 de noviembre de 1910.

LA REVOLUCIÓN

Está para caer el fruto bien maduro de la revuelta intestina: fruto amargo para todos los engreídos cuyos honores, riquezas, distinciones y goces están fundados en el dolor y en la esclavitud de la humanidad, pero fruto dulce y amable para todos los que, por cualquier motivo, han sentido sobre su dignidad las pezuñas de las bestias que, en una noche de treinta y cuatro años, han robado, han violado, han matado, han engañado, han traicionado, ocultando sus crímenes bajo el manto de la ley, esquivando el castigo tras la investidura oficial.

¿Quiénes temen la revolución? Los mismos que la han provocado: los que, con su opresión o su explotación sobre las masas populares, han hecho que la desesperación se apodere de las víctimas de sus infamias; los que, con la injusticia y la rapiña, han sublevado las conciencias y han hecho palidecer de indignación a los hombres honrados de la tierra.

La revolución va a estallar de un momento a otro. Los que por tantos años hemos estado atentos a todos los incidentes de la vida social y política del pueblo mexicano, no podemos engañarnos. Los síntomas del formidable cataclismo no dejan lugar a la duda de que algo está por surgir y algo por derrumbarse; de que algo va a levantarse y algo está por caer. Por fin,

después de treinta y cuatro años de vergüenza, va a levantar la cabeza el pueblo mexicano, y, por fin, después de esa larga noche, va a quedar convertido en ruinas el negro edificio cuya pesadumbre nos ahogaba.

Es oportuno ahora volver a decir lo que tanto hemos dicho: hay que hacer que este movimiento, causado por la desesperación, no sea el movimiento ciego del que hace un esfuerzo para librarse del peso de un enorme fardo, movimiento en que el instinto domina casi por completo a la razón. Debemos procurar, los libertarios, que este movimiento tome la orientación que señala la ciencia. De no hacerlo así, la revolución que se levanta no serviría más que para sustituir un presidente por otro presidente, o, lo que es lo mismo, un amo por otro amo. Debemos tener presente que lo que se necesita es que el pueblo tenga pan, tenga albergue, tenga tierra que cultivar; debemos tener presente que ningún gobierno, por honrado que sea, puede decretar la abolición de la miseria. Es el pueblo mismo, son los hambrientos, son los desheredados los que tienen que abolir la miseria, tomando, en primer lugar, posesión de la tierra que, por derecho natural, no puede ser acaparada por unos cuantos, sino que es la propiedad de todo ser humano. No es posible predecir hasta dónde podrá llegar la obra reivindicadora de la próxima revolución; pero si llevamos, los luchadores de buena fe, el propósito de avanzar lo más posible por ese camino; si al empuñar el Winchester vamos decididos, no al encumbramiento de otro amo, sino a la reivindicación de los derechos del proletariado; si llevamos al campo de la lucha armada el empeño de conquistar la libertad económica, que es la base de todas las libertades, que es la condición sin la cual no hay libertad ninguna; si llevamos ese propósito, encauzaremos el próximo movimiento popular

por un camino digno de esta época. Por otro lado, si, por el afán de triunfar fácilmente, por querer abreviar la contienda, quitamos de nuestras tendencias el radicalismo que las hace incompatibles con las tendencias de los partidos netamente burgueses y conservadores, entonces habremos hecho obra de bandidos y de asesinos, porque la sangre derramada no servirá más que para dar mayor fuerza a la burguesía; esto es, a la casta poseedora de la riqueza, que, después del triunfo, pondrá nuevamente la cadena al proletariado, con cuya sangre, con cuyo sacrificio, con cuyo martirio ganó el poder.

Preciso es, pues, proletarios; preciso es, pues, desheredados, que no os confundáis. Los partidos conservadores y burgueses os hablan de libertad, de justicia, de ley, de gobierno honrado, y os dicen que, cambiando el pueblo los hombres que están en el poder por otros, tendréis libertad, tendréis justicia, tendréis ley, tendréis gobierno honrado. No os dejéis embaucar. Lo que necesitáis es que se os asegure el bienestar de vuestras familias y el pan de cada día; el bienestar de las familias no podrá dárselo ningún gobierno. Sois vosotros los que tenéis que conquistar esas ventajas, tomando desde luego posesión de la tierra, que es la fuente primordial de la riqueza, y la tierra no os la podrá dar ningún gobierno, ¡entendedlo bien!, porque la ley defiende el “derecho” de los detentadores de la riqueza. Tenéis que tomarlo vosotros a despecho de la ley, a despecho del gobierno, a despecho del pretendido derecho de propiedad; tendréis que tomarlo vosotros en nombre de la justicia natural, en nombre del derecho que todo ser humano tiene a vivir y a desarrollar su cuerpo y su inteligencia.

Cuando vosotros estéis en posesión de la tierra, tendréis libertad, tendréis justicia, porque la libertad y la justicia no se decretan: son el resultado de la independencia económica;

esto es, de la facultad que tiene un individuo de vivir sin depender de un amo; esto es, de aprovechar para sí y para los suyos el producto íntegro de su trabajo.

Así, pues, tomad la tierra. La ley dice que no la toméis, pues es de propiedad particular: pero la ley que tal cosa dice fue escrita por los que os tienen en la esclavitud, y tan no responde a una necesidad general que necesita el apoyo de la fuerza. Si la ley fuera el resultado del consentimiento de todos, no necesitaría el apoyo del polizonte, del carcelero, del juez, del verdugo, del soldado y del funcionario. La ley os fue impuesta, y, contra las imposiciones arbitrarias, apoyadas por la fuerza, debemos los hombres dignos responder con nuestra rebeldía.

Ahora: ¡a luchar! La revolución, incontenible, avasalladora, no tarda en llegar. Si queréis ser libres de veras, agrupaos bajo las banderas libertarias del Partido Liberal; pero si queréis solamente daros el extraño placer de derramar sangre y derramar la vuestra “jugando a los soldados”, agrupaos bajo otras banderas, como la de los antirreeleccionistas, por ejemplo, quienes, después de que “juguéis a los soldados”, os pondrán nuevamente el yugo patronal y el yugo gubernamental. Pero, eso sí, os habréis dado el gustazo de cambiar el viejo presidente, que ya os chocaba, por otro flamante, acabadito de hacer.

Compañeros, la cuestión es grave. Comprendo que estéis dispuestos a luchar; pero luchad con fruto para la clase pobre. Todas las revoluciones han aprovechado, hasta hoy, a las clases encumbradas, porque no habéis tenido idea clara de vuestros derechos y de vuestros intereses, que, como lo sabéis, son completamente opuestos a los derechos y a los intereses de las clases intelectuales y ricas. El interés de los ricos es que los

pobres sean pobres eternamente, porque la pobreza de las masas es la garantía de sus riquezas. Si no hay hombres que tengan necesidad de trabajar para otro hombre, los ricos se verán obligados a hacer alguna cosa útil, a producir algo de utilidad general para poder vivir; ya no tendrán entonces esclavos a quienes explotar.

No es posible predecir, repito, hasta dónde llegarán las reivindicaciones populares en la revolución que se avecina; pero hay que procurar lo más que se pueda. Ya sería un gran paso hacer que la tierra fuera de propiedad de todos; y, si no hubiera fuerza suficiente o suficiente conciencia entre los revolucionarios para obtener más ventaja que esa, ella sería la base de reivindicaciones próximas que, por la sola fuerza de las circunstancias, conquistaría el proletariado.

¡Adelante, compañeros! Pronto escucharéis los primeros disparos; pronto lanzarán el grito de rebeldía los oprimidos. Que no haya uno solo que deje de secundar el movimiento, lanzando con toda la fuerza de la convicción este grito supremo: ¡Tierra y Libertad!¹

Regeneración, 19 de noviembre de 1910.

¹ “Tierra y Libertad” fue, como se sabe, el lema zapatista por excelencia. Al respecto, Enrique Krauze comenta que: “Entre el zapatismo y el anarquismo no hay vínculo casual sino profundo. [...] El lenguaje anarcosindicalista enlazó, además, a campesinos e intelectuales: de Ricardo Flores Magón provino el lema «Tierra y Libertad» (tomado a su vez de Alejandro Herzen) y pronunciado por primera ocasión en *Regeneración* el 19 de noviembre de 1910...”, en *El amor a la tierra. Emiliano Zapata*, col. Biografía del poder, núm. 3, México, FCE, 1987, p. 77.

LA REVOLUCIÓN CONTINÚA EN TODO EL PAÍS

Debido a la censura impuesta por Díaz, muy poco es en realidad lo que se sabe de la agitación revolucionaria en México; pero, por las informaciones privadas recibidas en esta oficina y procedentes de los delegados de la Junta residentes en la República Mexicana, hemos podido formarnos la convicción de que, en efecto, el extenso movimiento maderista fue sofocado; quedan, sin embargo, en el campo de la lucha, aquí y allá, diseminados en todo el país, grupos de guerrilleros que no dejan apagar la chispa de la insurrección. Perdidos esos grupos en las quebradas de las sierras o esquivando los encuentros con las fuerzas federales en la llanuras, batiéndose con buen éxito cuando la ocasión es propicia, dan, en estos momentos solemnes, un alto ejemplo de grandeza de alma y de valor, que debe ser imitado. La acción de esas guerrillas es bastante provechosa para despertar en las masas el espíritu de rebeldía que tantos años de sumisión habían adormecido.

En vista de esto, la Junta activa en México en la organización revolucionaria; prepara rápidamente allí grupos rebeldes que, en un momento dado, se levantarán en armas, reforzando, de ese modo, el estado de guerra en que se encuentra el país. Algunos grupos liberales se encuentran ya con las armas en la

mano y esta circunstancia hace que la Junta redoble sus esfuerzos, para que otros grupos, en distintas partes del país, se rebelen, con lo que se robustecerá el movimiento y se impedirá que la dictadura aplaste a los levantados.

La Junta tiene ahora, por lo tanto, gastos enormes que hacer. La organización cuesta mucho, y es preciso que todos los que simpatizan con el movimiento insurreccional contra el despotismo manden desde luego su óbolo a las oficinas de la junta. Deben tener en cuenta los simpatizadores de la Revolución que, si la dictadura llega a aplastar por completo a los grupos rebeldes, después será muy difícil organizar un nuevo movimiento.

Como comprenderán todos los que simpatizan con la Revolución, la organización que está llevando a cabo la Junta tiene que quedar lista en el menor espacio de tiempo posible, antes de que la chispa que aún arde se apague. En vista de esto, deben apresurarse a enviar su óbolo. Firmen los cupones todos los que deseen ser miembros del Partido Liberal e inviten a sus amigos a pertenecer al mismo. Paguen sus cuotas como miembros y hagan envíos extraordinarios de dinero para los trabajos de la Junta.

Compañeros, redoblemos todos nuestros esfuerzos para que no se apague en México la chispa sagrada de la rebeldía. Si ésta no se apaga, si el movimiento de insurrección toma incremento, los liberales tendremos la mejor oportunidad de poner en práctica nuestros principios, y sobre todo, cumpliremos con un deber de humanidad, dando al movimiento el curso de las reivindicaciones populares que los maderistas no quieren darle.

Madero tiene forzosamente que continuar su campaña para apoderarse del poder. Ha gastado ya mucho dinero en ella y

sus amigos también. Si dejamos que el maderismo predomine y triunfe al fin, no nos hagamos ilusiones de que su gobierno dará pan, instrucción y justicia al pueblo. Su gobierno tendrá que ser como cualquier otro gobierno burgués: explotador y tiránico.

Por buena que sea la intención de una persona antes de alcanzar el poder, cuando se ve ya en éste, cuando se da exacta cuenta de su autoridad, cuando se contempla por encima de sus conciudadanos, se cree mejor que el resto de los mortales, y esa creencia desarrolla, en todo gobernante, el espíritu de mando y de predominio que vive latente en el hombre, y que sólo espera una oportunidad para surgir, avasallador y potente, como el que empujaba al hombre de las selvas a acometer para no ser acometido, a subyugar para no ser subyugado, a matar para no ser matado. En la infancia de la humanidad, el espíritu de mando y de predominio era indispensable al hombre para no perecer. La lucha por la vida revestía entonces un carácter de rudeza y de ferocidad tales que el hombre necesitaba estar dotado de un fuerte espíritu de acometividad y de dominio para no perecer.

Este espíritu de predominio fue amortiguándose conforme la humanidad avanzaba, hasta quedar más o menos adormecido en el hombre, y esto fue así, porque el espíritu de solidaridad, que es la antítesis del otro, fue ganando terreno a medida que la civilización se refinaba. Pero basta con que un hombre deje de sentirse hermano de los demás hombres, basta con que se comprenda superior, para que deje de ser solidario con el resto de la humanidad y se despierte en él el espíritu de predominio, el deseo de sustraerse a las obligaciones impuestas a la mayoría. La ley se hizo, según los sociólogos burgueses, para regular las relaciones de los hombres, pero, desde el momento

en que el gobernante está por encima de los hombres, desde luego que él mismo se siente superior, pues no se cree ya obligado a estar sujeto a las reglas que sujetan a los demás, y queda, por lo mismo, por encima de la ley. Los hombres más sinceros, cuando se han encontrado encima de los demás hombres, se han sentido superiores, y, aunque antes de alcanzar el poder hubieran manifestado su respeto al pueblo y su deseo de ser un verdadero servidor de los demás, ya arriba no se han encontrado dispuestos a obedecer a nadie más que a sí mismos. ¿No han sido escogidos precisamente porque hay en ellos algo mejor que en los demás? ¿No se ha pensado, al elegirlos, que son los más aptos para dirigir? ¿Y qué es dirigir sino mandar?

Además, el gobernante encuentra siempre opositores que quieren ocupar su puesto. La acometividad tiene que surgir: hay que hacer a un lado a esos opositores o renunciar al gobierno. El gobernante no renuncia, prefiere suprimir a los opositores.

La adulación, por otra parte, contribuye a malear a los gobernantes. Muy raro será el hombre que deje de envanecerse cuando está arriba y es adulado. ¿No hasta los dioses se sienten satisfechos cuando ven arrodilladas a las turbas? ¿Qué son las oraciones sino obras nuestras de adulación a la autoridad divina? ¿Y no se hace oración para tener grato al dios? Si los dioses se envanecen y se sienten satisfechos con la adulación, con mayor razón los pobres mortales, y es por eso que los aduladores de los gobernantes obtienen grandes ventajas de éstos, ventajas que, naturalmente, tienen que resultar en perjuicio de los que no adulan y de los ignorantes.

Pero no es eso todo: el hombre más bueno, el que más cariño siente por el pueblo y está mejor animado a procurar el bienestar de las multitudes, cuando alcanza el poder y quiere

poner en práctica sus sueños de reforma social en beneficio de los pobres, tropieza desde luego con la oposición de los elementos que no han salido precisamente del seno del proletariado, sino de la clase burguesa, de la clase explotadora que, naturalmente, se encuentra lesionada en sus intereses cuando se trata de beneficiar a los pobres, por la sencilla razón de que los intereses de las dos clases sociales son antagónicos. El bienestar de una clase depende del sacrificio de la otra. El gobernante comprende, entonces, que se ha engañado, que el gobierno no puede hacer la felicidad del pueblo, y, si es honrado, tendrá que renunciar al poder; de lo contrario, permanecerá en él y hará lo que todos los gobiernos hacen: oprimir a la clase pobre en beneficio de la clase rica.

Clemenceau,¹ el célebre socialista que llegó a ser presidente del gabinete del gobierno francés, fue, antes de eso, un amigo de los trabajadores; pero, cuando llegó al poder, tuvo que confesar su impotencia para hacer la felicidad del pueblo francés y pronunció esta frase palpitante de verdad: “los pueblos no deben esperar que el gobierno haga algo bueno para ellos; por el contrario, hay que desear que no haga todo el mal que puede hacer”.

Llegado Madero al poder, tendría que ser como cualquier otro gobernante, ni más ni menos. Haría la felicidad de la burguesía y la desgracia del proletariado, exactamente como ocurre en todas las naciones del mundo.

Debemos, pues, compañeros, sacar ventaja de la experiencia, y no confiar a los presidentes la ventura de los pueblos.

¹ Georges Benjamin Clemenceau (1841-1929). Médico, periodista y político francés. Fue primer ministro, durante el régimen de la Tercera República Francesa, en dos ocasiones: de 1906 a 1909 y de 1917 a 1920.

Nosotros mismos, los pobres, los desheredados, debemos conquistar lo que el gobierno no nos puede dar: la felicidad.

Así pues, agrupaos bajo la bandera reivindicadora del Partido Liberal. No derramáis vuestra sangre por un nuevo amo, sino por bienes materiales conquistados con vuestro arrojo. Tomemos posesión de la tierra, para que sea de todos. Si no hacemos eso, si nos deslumbramos por el brillo de las personalidades que sólo figuran por su dinero, no haremos otra cosa que dar nuestra sangre para ponernos un yugo acabado de hacer, porque ya el viejo nos fastidiaba.

Madero no dará la tierra al pueblo. ¿Puede un gobierno atacar de ese modo el llamado derecho de propiedad? Y si quisiera hacerlo, ¿no se levantaría en masa la burguesía para impedir el desacato? Entonces habría que apelar nuevamente a las armas para conquistar lo que desde ahora se puede obtener.

Los gobiernos tienen que proteger el derecho de propiedad y están instituidos, precisamente, para proteger ese derecho con preferencia a cualquier otro. No esperamos, pues, que Madero, ataque el derecho de propiedad en beneficio del proletariado. Él mismo es propietario; propietarios son los hombres que lo han ayudado con dinero para armar sus grupos revolucionarios; propietarios son sus jefes de grupos; propietarios han sido muchos de sus agitadores y propagandistas. El suyo es el partido de la burguesía, compañeros, y con él sólo lograríamos remachar nuestras cadenas.

Abrid los ojos. Recordad la frase, sencilla como la verdad y como la verdad indestructible: “la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos”.

El carnero no debe confiar su bienestar al lobo. Los pobres no deben confiar su emancipación a los ricos.

Regeneración, 10 de diciembre de 1910.

PARA DESPUÉS DEL TRIUNFO

No, compañeros, no hay que dejar, para cuando caiga el tirano, la implantación de los salvadores principios del Partido Liberal. Algunos revolucionarios creen que basta con derribar a Díaz para que caiga, sobre el pueblo, una lluvia de bendiciones. Otros piensan que es indiferente luchar bajo la bandera de cualquiera de los dos partidos revolucionarios, pues dicen que lo primero es derribar al tirano, y que, una vez conseguido esto y hecha la paz, los dos partidos revolucionarios –el Liberal y el Antirreeleccionista– convocarían al pueblo a elecciones, se reuniría un congreso que estudiase el programa del Partido Liberal y se tendría ya listo un flamante presidente que ejecutase la voluntad del no menos flamante congreso.

El pueblo es el eterno niño: crédulo, inocente, candoroso. Por eso, siempre ha sido burlado en sus aspiraciones, y por eso, también, sus dolorosos sacrificios han sido estériles.

Abramos bien los ojos, compañeros desheredados. No confiemos a ningún gobierno la solución de nuestros problemas. Los gobiernos son los representantes del capital, y, por lo mismo, tienen que oprimir al proletariado. De una vez por todas, sabedlo: ningún congreso aprobará el programa del Partido Liberal, porque no seréis, vosotros los desheredados, los que

vayáis a sentaros en los bancos del congreso, sino vuestros amos, y vuestros amos tendrán el buen cuidado de no dejaros resollar. Vuestros amos rechazarán indignados el programa liberal del primero de julio de 1906 (porque en él se habla de quitarles sus tierras), y las aspiraciones de los proletarios quedarán burladas. A los bancos del congreso no van los proletarios, sino los burgueses.

Pero, aun suponiendo que, por un verdadero milagro, todos los bancos del congreso estuvieran ocupados por proletarios, y que, por esa razón, se aprobase el programa del Partido Liberal Mexicano, y se decretase la expropiación de la tierra para entregarla al pueblo; aun suponiendo que al frente de los destinos del país se encontrase un ángel bajado del cielo para hacer cumplir la voluntad del congreso, ¿creéis que los señores hacendados obedecerían la ley y se dejarían quitar las tierras? Suponer eso, creer que los ricos se someterían a la humillación de quedar en la misma posición social que los trabajadores, es una verdadera niñería. No: los señores hacendados se levantarían en armas si algún congreso tuviera la audacia de decretar la entrega de la tierra al pueblo, y entonces el país se vería envuelto de nuevo en las llamas de una revolución, en la que tal vez naufragasen las sanas aspiraciones de los trabajadores inteligentes.

¿Qué necesidad hay de aplazar la expropiación de la tierra para cuando se establezca un nuevo gobierno? En la presente insurrección, cuando el movimiento esté en toda su fuerza y el Partido Liberal haya logrado la preponderancia necesaria —esto es, cuando la fuerza del Partido pueda garantizar el éxito de la expropiación—, es cuando debe hacerse efectiva la toma de posesión de la tierra por el pueblo. Entonces ya no podrán ser burladas las aspiraciones de los desheredados.

Compañeros: Benito Juárez¹ fue instado, durante la revolución de Reforma, a que no quitase al clero sus bienes, sino hasta que se hiciera la paz. Pero Benito Juárez vio bastante lejos, y comprendió que, si se expropiaban al clero sus bienes cuando se hiciera la paz, el clero volvería a trastornarla y el país se vería envuelto en una nueva revuelta. Quiso ahorrar sangre y dijo: “es mejor hacer en una revolución lo que tendríamos que hacer en dos”. Y así se hizo.

Hagámoslo así los liberales. En una sola insurrección, dejemos, como un hecho consumado, la toma de posesión de la tierra.

No hagamos aprecio a los que aconsejan que se deje la expropiación de la tierra “para después del triunfo”. Precisamente, el triunfo debe consistir en la consumación del acto más grande que han visto las naciones desde que comenzaron a vivir: la toma de posesión de la tierra por todos los habitantes de ella, hombres y mujeres.

Pero sí, ofuscada nuestra razón por las promesas de los que todo lo aplazan “para después del triunfo”, nos afiliamos a las banderas de esas sirenas que nos hablan de leyes libérrimas, de democracia, de derechos políticos, de boletas electorales y de todas esas fuerzas que sólo sirven para desviar al proletariado del camino de su verdadera emancipación: la libertad económica. Si de nada nos sirven las elocuentes lecciones de historia que nos hablan de que ningún hombre puede hacer la felicidad del pueblo pobre cuando está ya al

¹ Benito Juárez (1806-1872). Fue gobernador de Oaxaca de 1847 a 1852. Presidente de México de diciembre de 1857 a julio de 1872. El 7 de julio de 1859, expidió las Leyes de Reforma y, unos días después, el 12 de julio, la Ley que declaró nacionales los bienes eclesiásticos.

frente del gobierno; si queremos seguir siendo esclavos de los ricos y de las autoridades “después del triunfo”, no vacilemos: volemós a engrosar las filas de los que pelean por tener un nuevo amo que se haga pagar bien caros sus “servicios”.

Compañeros: despertad, despertad, hermanos desheredados. Vayamos a la revolución, enfrentémonos al despotismo; pero tengamos presente la idea de que hay que tomar la tierra en el presente movimiento, y de que el triunfo de este movimiento debe ser la emancipación económica del proletariado, no por decreto de ningún gobernante, sino por la fuerza del hecho; no por la aprobación de ningún congreso, sino por la acción directa del proletariado.

Me imagino qué feliz será el pueblo mexicano cuando sea dueño de la tierra, trabajándola todos en común como hermanos y repartiéndose los productos fraternalmente, según las necesidades de cada cual. No cometáis, compañeros, la locura de cultivar cada quien un pedazo. Os mataréis en el trabajo, exactamente como os matáis hoy. Uníos y trabajad la tierra en común, pues, todos unidos, la haréis producir tanto que estaréis en aptitud de alimentar al mundo entero. El país es bastante grande y pueden producir sus ricas tierras todo lo que necesiten los demás pueblos de la tierra. Mas eso, como digo, sólo se consigue uniendo los esfuerzos y trabajando como hermanos. Cada quien, naturalmente —si así lo desea— puede reservarse un pedazo para utilizarlo en la producción según sus gustos e inclinaciones; para hacer en él su casa, tener un jardín; pero el resto debe ser unido a todo lo demás, si se quiere trabajar menos y producir más. Trabajada en común la tierra, puede dar más de lo suficiente, con unas dos o tres horas de trabajo al día, mientras que, cultivando uno solo un pedazo, tiene que trabajar todo el día para poder vivir. Por eso me parece

mejor que la tierra se trabaje en común, y esta idea, creo, será bien acogida por todos los mexicanos.

¿Podrá haber criminales entonces? ¿Tendrán las mujeres que seguir vendiendo sus cuerpos para comer? Los trabajadores llegados a viejos, ¿tendrán que pedir limosna? Nada de eso: el crimen es el producto de la actual sociedad basada en el infortunio de los de abajo en provecho de los de arriba. Creo firmemente que el bienestar y la libertad son fuentes de bondad. Tranquilo el ser humano, sin las inquietudes en que actualmente vive por la inseguridad del porvenir; convertido el trabajo en un simple ejercicio higiénico (pues trabajando todos la tierra, bastarán dos o tres horas diarias para producirlo todo en abundancia, con el auxilio de la gran maquinaria de que entonces se podrá disponer libremente); desvanecida la codicia, la falsedad de las que hay que hacer uso ahora para poder sobrevivir en este medio maldito, no tendrán razón de ser el crimen, ni la prostitución, ni la codicia, y, todos como hermanos, gozaremos las verdaderas Libertad, Igualdad y Fraternidad² que los burgueses quieren conquistar por medio de la boleta electoral.

Compañeros, ¡a conquistar la tierra!

Regeneración, 28 de enero de 1911.

² *Liberté. Égalité. Fraternité* se proclama por primera vez durante la Revolución francesa. Repudiada bajo el Segundo Imperio, acaba por imponerse bajo la Tercera República. Este lema está consignado en la Constituciones francesas de 1946 y 1958.

EL DERECHO DE PROPIEDAD

Entre todos los absurdos que la humanidad venera, éste es uno de los más grandes y es uno de los más venerados.

El derecho de propiedad es antiquísimo, tan antiguo como la estupidez y la ceguera de los hombres; pero la sola antigüedad de un derecho no puede darle el “derecho” de sobrevivir. Si es un derecho absurdo, hay que acabar con él, no importando que haya nacido cuando la humanidad cubría sus desnudeces con las pieles de los animales.

El derecho de propiedad es un derecho absurdo, porque tuvo por origen el crimen, el fraude, el abuso de la fuerza. En un principio, no existía el derecho de propiedad territorial de un solo individuo. Las tierras eran trabajadas en común; los bosques surtían de leña a los hogares de todos; las cosechas se repartían a los miembros de la comunidad, según sus necesidades. Ejemplos de esta naturaleza pueden verse todavía en algunas tribus primitivas. Incluso en México, floreció esta costumbre entre las comunidades indígenas, en la época de la dominación española, y vivió hasta hace relativamente pocos años, siendo causa de la guerra del Yaqui, en Sonora, y de los mayas, en Yucatán, el acto atentatorio del despotismo de arrebatarles las tierras a esas tribus indígenas, tierras que cultivaban en común desde hacía siglos.

El derecho de propiedad territorial de un solo individuo nació en el atentado del primer ambicioso que llevó la guerra a una tribu vecina para someterla a la servidumbre, quedando la tierra que esa tribu cultivaba en común en poder del conquistador y de sus capitanes. Así, por medio de la violencia, por medio del abuso de la fuerza, nació la propiedad territorial privada. El agio, el fraude, el robo más o menos legal, pero de todos modos robo, son otros tantos orígenes de la propiedad territorial privada. Después, una vez tomada la tierra por los primeros ladrones, hicieron leyes ellos mismos para defender lo que llamaron, y llaman aún en este siglo, un “derecho”; esto es, la facultad que ellos mismos se dieron de usar las tierras que habían robado y disfrutar del producto de ellas sin que nadie los molestase. Hay que fijarse bien que no fueron los despojados los que dieron a esos ladrones el derecho de propiedad de las tierras; no fue el pueblo de ningún país quien les dio la facultad de apropiarse de ese bien natural, al que todos los seres humanos tenemos derecho. Fueron los ladrones mismos quienes, amparados por la fuerza, escribieron la ley que debería proteger sus crímenes y tener a raya a los despojados de posibles reivindicaciones.

Este así llamado derecho se ha venido transmitiendo de padres a hijos por medio de la herencia, con lo que el bien, que debería ser común, ha quedado solamente a la disposición de una casta social, con notorio perjuicio del resto de la humanidad, cuyos miembros vinieron a la vida cuando ya la tierra estaba repartida entre unos cuantos haraganes.

El origen de la propiedad territorial ha sido la violencia; por la violencia se sostiene aún, pues si algún hombre quiere usar un pedazo de tierra sin el consentimiento del así llamado dueño, tiene que ir a la cárcel, custodiado, precisamente, por

esbirros que están mantenidos, no por los dueños de las tierras, sino por el pueblo trabajador, pues, aunque las contribuciones salen aparentemente de los cofres de los ricos, éstos se dan buena maña para reembolsarse el dinero, pagando salarios de hambre a los obreros, o vendiéndoles los artículos de primera necesidad a alto precio. Así, el pueblo, con su trabajo, sostiene a los esbirros que le privan de tomar lo que le pertenece.

Y si éste es el origen de la propiedad territorial, si el derecho de propiedad no es sino la consagración legal del crimen, ¿por qué levantar los brazos al cielo cuando se sabe que el Partido Liberal Mexicano trabaja por expropiar la tierra que acaparan los ricos —esto es, los descendientes de los ladrones que se la apropiaron por medio del crimen—, para entregarla a su dueño natural, que es el pueblo, que son los habitantes todos de México?

Algunos maderistas simpatizan con la idea de entregar al pueblo la tierra; pero, conservadores al fin, quieren que el acto revista una solemnidad legal; es decir, quieren que un congreso decreta la expropiación. He escrito mucho sobre la materia, y me admira que haya todavía quien no pueda entender lo que he dicho, pues tengo la pretensión de que he hablado con entera claridad. “Ningún congreso, he dicho, se atreverá a decretar la expropiación de la tierra, porque a los bancos del congreso no van a ir los trabajadores, sino sus amos; no van a ir los ignorantes y los pobres, sino los intelectuales y los ricos”. Es decir, en el congreso tendrán representación las llamadas clases directoras: los ricos, los literatos, los hombres de ciencia, los profesionistas; pero no se permitirá que allí se cuele algún trabajador de pico y pala, ningún peón, ningún obrero. Y si, por un verdadero milagro, lograra franquear el umbral del recinto de las leyes algún trabajador, ¿cómo podría

luchar contra hombres avezados en las luchas de la palabra? ¿Cómo podría hacer preponderar sus ideas, si le faltaban los conocimientos científicos que la burguesía posee en abundancia? Pero podría decirse que el pueblo trabajador enviaría personas competentes al congreso para que lo representen. En todo el mundo están desprestigiados los llamados representantes del trabajo en los parlamentos. Son tan burgueses como cualquier otro representante. ¿Qué han hecho los representantes obreros del pueblo inglés en la Cámara de los Comunes? ¿Qué ventaja objetiva han obtenido los representantes obreros en el parlamento francés? En el parlamento alemán hay gran número de representantes obreros, y ¿qué han hecho en pro de la libertad económica de los trabajadores? El parlamento austrohúngaro es notable por el número crecido de representantes obreros que se sientan en sus bancos, y, sin embargo, el problema del hambre está en Austria-Hungría sin resolver, al igual que en cualquier otro país en donde, por el contrario, no haya representantes del trabajo en el congreso.

Hay, pues, que desengañarse. La expropiación de la tierra de las manos de los ricos debe hacerse efectiva durante la presente insurrección. Los liberales no cometeremos un crimen entregando la tierra al pueblo trabajador, porque es de él. Del pueblo es la tierra que habitaron y regaron con su sudor sus más lejanos antecesores; la tierra que los gachupines robaron por la fuerza a nuestros padres indios; la tierra que esos gachupines dieron, por medio de la herencia, a sus descendientes, que son los que actualmente la poseen. Esa tierra es de todos los mexicanos, por derecho natural. Algunos la han de haber comprado; pero ¿de dónde sacaron el dinero para hacer la compra, si no del trabajo de los peones y obreros mexicanos? Otros habrán tomado esa tierra, denunciándola como baldía;

pero, si era baldía, pertenecía al pueblo, y nadie tenía derecho a darla al que ofreciera unos cuantos pesos por ella. Otros han de haber adquirido la tierra aprovechándose de su amistad con los hombres del gobierno, para obtenerla sin que les costase un solo centavo si era baldía, o por medio de chanchullos judiciales, si pertenecía a algún enemigo de la dictadura o a alguna persona sin influencia y sin dinero. Otros más han adquirido la tierra haciendo préstamos a rédito subidísimo a los rancheros en pequeño, quienes se vieron, al fin, impotentes para pagar las deudas, obligados a dejar la tierra en manos de los matafías.

Compañeros: todos los que tenéis la convicción de que el acto que va a ejecutar el Partido Liberal es humanitario, procurad convencer, a los que todavía adoran al capital y veneran el llamado derecho de propiedad, de que el Partido Liberal está en lo justo, de que su obra será una obra de justicia y de que el pueblo mexicano será verdaderamente grande cuando pueda disfrutar, sin obstáculos, de tierra y libertad.

Regeneración, 18 de marzo de 1911.

LA JUNTA ORGANIZADORA DEL PARTIDO LIBERAL MEXICANO A LOS MADERISTAS Y A LOS MEXICANOS EN GENERAL

Mexicanos:

La Revolución ha llegado al punto en que forzosamente tiene que seguir cualquiera de estos dos cursos: o degenerar en un movimiento simplemente político, en el que encontrarán garantías solamente los jefes de ella y la clase rica, quedando la clase pobre en la misma o peor condición que antes, o, por el contrario, seguir su marcha avasalladora, convirtiéndose por completo en una verdadera revolución económica, por la cual lucha el Partido Liberal Mexicano, y cuyo triunfo será la toma de posesión de la tierra y de la maquinaria de producción, para el uso y libre disfrute de ella, por todos los habitantes de México, hombres y mujeres.

Si ocurriera lo primero —esto es: si la Revolución degenerase en un simple movimiento político que sentase en la silla presidencial a Madero, o a cualquier otro hombre—, la clase pobre habría dado una vez más su sangre generosa para seguir en la esclavitud política y económica.

La historia de nuestras revoluciones está llena de ejemplos de esta naturaleza: la clase trabajadora ha dado su sangre en todas ellas, para quedar sometida a las mismas condiciones de miseria, de hambre, de ignorancia en que se encontraba antes

de tomar las armas. Ese ha sido el resultado, porque los soldados rebeldes no tenían en la mente la idea y el propósito inflexible de luchar exclusivamente por los intereses de su clase. El interés de la clase trabajadora es no tener patronos, y, para hacer triunfar ese interés, es necesario desconocer a los ricos el derecho de propiedad, y arrancar virilmente de sus manos la tierra y la maquinaria de producción, para el servicio de todos.

La guerra de Independencia y todas las demás revoluciones que han conmovido al pueblo mexicano desde entonces. hasta la que llevó al poder a Porfirio Díaz, no dieron ningún buen resultado a la clase trabajadora, que derrochó su sangre en esas luchas. Esto prueba que las luchas que se entablan para llevar al poder a un hombre son estériles, porque, con ese solo hecho, no come el pueblo. El triunfo en esos casos es el triunfo de los que quieren encumbrarse, de los que quieren ser presidentes, gobernadores, jefes políticos, presidentes municipales, jueces, diputados, ministros, empleados de cualquier categoría y aun simples polizontes; pero la clase trabajadora nada gana con eso.

Es necesario, pues, abrir los ojos, mexicanos. No nos conformemos con que Madero vaya a sentarse en el sillón presidencial, porque ningún gobierno podrá decretar la felicidad. La felicidad se consigue obteniendo la libertad económica por medio de la toma de posesión de la tierra y de la maquinaria de producción, para aprovechar todo en común.

Francisco I. Madero y Porfirio Díaz acaban de celebrar un tratado de paz.¹ El telégrafo y el correo están siendo empleados

¹ Se refiere a los Tratados de Ciudad Juárez, suscritos, el 21 de mayo de 1911, en Ciudad Juárez, donde se reunió Francisco S. Carvajal, representante del gobierno de Díaz, con Francisco Vázquez Gómez, Francisco I.

para pedir a todos los jefes insurrectos que suspendan las hostilidades, con el objeto de que se hagan nuevas elecciones; pero eso no resuelve el problema del hambre. Se harán, tal vez, las elecciones; resultará electo presidente un hombre bueno. Pero ese hombre, por bueno que sea, no podrá salvar de la miseria a la inmensa mayoría del pueblo mexicano, porque, como gobernante, tendrá forzosamente que velar por los intereses de la clase capitalista, pues no para otra cosa sirven los gobiernos.

Está ya anunciado que las fuerzas federales y las fuerzas maderistas perseguirán a los revolucionarios que no se conforman con que este movimiento termine con la farsa de nueva elección. Desde luego maderistas y federales, unidos, se han puesto en marcha para aplastar a los compañeros liberales que operan en el distrito de Río Grande, del estado de Coahuila. El compañero Miguel B. González fue desarmado, por las fuerzas maderistas de Gabriel Márquez, en unión de veinte compañeros más que operaban en la sierra del norte del estado de Chihuahua. Los desarmes que sufrieron las fuerzas de Silva y de Alanís, por Madero en persona, están frescos en nuestra memoria.

¿De qué se trata? Se trata de suprimir el movimiento verdaderamente emancipador del Partido Liberal Mexicano. Madero tiene pagados a muchos de sus lacayos para que, fingiéndose libertarios, se mezclen entre las fuerzas liberales, procurando hacerse dignos de la confianza de nuestros compañeros, y, en un momento dado, desarmarlos y fusilarlos.

Madero y José María Pino Suárez, para acordar el cese de las actividades armadas en todo el territorio nacional, y la renuncia de Díaz a la presidencia, así como la de Corral a la vicepresidencia del país.

Así, pues, se ha declarado, por los jefes maderistas, una guerra de exterminio contra las fuerzas liberales en todo el país, porque los liberales queremos la libertad económica de la clase pobre. ¡Entendedlo, desheredados, entendedlo!

Madero y Díaz han formado el pacto de que las fuerzas maderistas se convertirán en fuerzas federales para aplastar a los heroicos compañeros liberales que no rindan sus armas. Ya se habla de enviar a Orozco² o a Villa³ para sofocar el movimiento de los liberales de Sonora. Ya se habla de que otros jefes maderistas, combinados con los federales, aplasten a los liberales del centro de México. Ya se habla de que otros jefes maderistas, combinados con los federales, aplasten a los revolucionarios de Veracruz y de Tabasco, de Campeche y Yucatán, de Chiapas y de Oaxaca, de Guerrero y de Morelos, de Durango, de Sinaloa, de Tepic, de Jalisco, de Guanajuato, de todas partes.

¿No es una tremenda traición al movimiento revolucionario? ¿Es que se derrama sangre proletaria para que unos cuantos

² Pascual Orozco (1882-1915). Desde 1909, apoyó a los hermanos Flores Magón, pero, motivado por la corrupción de los políticos locales, se dedica a promover el antirreeleccionismo. Cuando Madero tomó el poder, nombró como ministro de Guerra a Venustiano Carranza, ante lo cual Orozco se rebeló. Tras el golpe de Estado de Huerta, Orozco reconoció a éste como presidente, y éste lo ascendió, a general de división, en 1914.

³ Francisco Villa (1878-1923). Se une a la campaña maderista en 1909. El 17 de noviembre de 1910, se levantó en armas contra la dictadura de Díaz; atacó las haciendas de Cavaría, San Andrés, Las Escobas y Ciudad Camargo, en Chihuahua. Tras el asesinato de Madero, regresó a México, de Estados Unidos, y formó la División del Norte. El 8 de diciembre de 1913, asumió el cargo de gobernador provisional de Chihuahua, hasta el 8 de enero de 1914. Por órdenes de Carranza, tomó la plaza de Zacatecas el 23 de junio de 1914; esa victoria decidió el triunfo de las armas revolucionarias y la caída de Huerta.

bandidos se aprovechen de ese sacrificio? ¿Va a terminar este grandioso movimiento con una farsa de elecciones? ¿Se agotó la vergüenza? ¿Ya no hay rostros que se pongan rojos? ¿Vamos a tomar la tierra y la maquinaria, llevando en las manos boletas electorales?

Volved vuestros fusiles, soldados maderistas, contra vuestros jefes, tanto como contra los federales. ¿O estáis conformes con transformaros, de la noche a la mañana, de soldados de la libertad (que así os llamáis) en esbirros de los déspotas?

No: vosotros, soldados maderistas, pertenecéis a la clase trabajadora y os negaréis a disparar sobre vuestros hermanos desheredados del Partido Liberal Mexicano. No cometáis la infamia de asesinar a los que precisamente están luchando por vuestra verdadera redención, a los liberales que no quieren otra cosa que convertir en hermanos y en iguales a todos los mexicanos, haciendo que el pueblo tome posesión de todo cuanto existe.

No conspiréis contra vosotros mismos. Deshaceos de vuestros jefes de cualquiera manera y enarbolad la bandera roja de vuestra clase, inscribiendo en ella el lema de los liberales: “Tierra y Libertad”.

¿Os levantasteis en armas para daros el gustazo de poner en la presidencia a un nuevo verdugo o con la idea de obtener materiales no sólo para vosotros, sino también para todos los mexicanos sin excepción ninguna? Si os levantasteis en armas con la idea de mejorar las condiciones en que vive el pueblo mexicano, uníos resueltamente a las falanges de la bandera roja; esto es, a las falanges liberales. Pero, antes, deshaceos de vuestros jefes, que ya sueñan con las dulzuras de una vida ociosa, arrastrando la espada en los embanquetados de las ciudades, con cruces y condecoraciones en el pecho, o bien sentadotes

en los bancos del Congreso, o en las sillas de los gobiernos de los Estados, o de ministros y grandes señores, mientras vosotros, los que os rehuséis a viciaros y prostituirlos en los cuarteles del nuevo gobierno, iréis otra vez al campo, al taller, a la mina, a la fábrica, a deslomaros para sostener la grandeza de vuestros amos, los mismos de siempre.

Hermanos desheredados que peleáis en las filas de Madero, escuchad nuestra voz, que es desinteresada. Nosotros, los liberales, no queremos pasar sobre vosotros. Ninguno de los miembros de esta Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano os solicita vuestro voto para vivir de parásitos. Queremos, cuando ya esté la tierra en las manos de todos los desheredados, ir a trabajar a vuestro lado con el arado, con el martillo, con el pico y la pala. No queremos ser más que vosotros, sino vuestros iguales, vuestros hermanos.

Deberíais estar convencidos de nuestra sinceridad como luchadores. No comenzamos a luchar ayer: nos estamos haciendo viejos en la lucha contra la tiranía y la explotación. Los mejores años de nuestra vida han transcurrido en los presidios de México y de los Estados Unidos, por ser leales a la causa de los pobres. No debéis, pues, desconfiar de nuestras palabras. Si luchásemos por nuestro provecho personal, hace mucho tiempo que habríamos aceptado las –para otros– tentadoras proposiciones de los verdugos del pueblo. Recordad que no una, sino muchas veces, se nos ha ofrecido dinero para someterlos. En estos momentos, los grandes banqueros norteamericanos, así como Díaz y Madero, podrían hacernos millonarios con sólo abandonar la sagrada causa de los trabajadores. Nuestra vida humildísima, como les consta a todos los que nos tratan, es la mejor prueba de nuestra honradez. Vivimos en casas malsanas, vestimos trajes muy pobres, y, en

cambio, trabajamos como ningún jornalero trabaja. Nuestro trabajo es verdaderamente rudo, fatigoso, agotante. Si no fuésemos sinceros, ¿para qué matarnos trabajando tanto por solamente la comida? Con tal de que nos alejásemos de esta lucha, Wall Street y los vampiros norteamericanos nos pueden dar millones para establecer grandes negociaciones en México, o aquí, para tener a salario a vosotros mismos y explotaros de esa manera.

Oíd, pues, nuestras palabras, hermanos de infortunio, compañeros de cadena: no rindáis nunca las armas, desconoced a los jefes y oficiales maderistas y deshaceos de ellos de cualquier manera. Comprended que el Partido Liberal Mexicano es el único que lucha por vuestro bienestar y el bienestar de todos los mexicanos, y enarbolad la bandera roja, gritando con entusiasmo: ¡Tierra y Libertad! Pero no os conforméis con gritar: tomad la tierra y dadla al pueblo, para que la trabaje sin amos.

Tierra y Libertad

Los Ángeles, California, mayo 24 de 1911.

Ricardo Flores Magón

Anselmo L. Figueroa

Librado Rivera

Enrique Flores Magón

Regeneración, 27 de mayo de 1911.

¿GOBIERNO?

Hay personas que de buena fe hacen esta pregunta: ¿cómo ha de ser posible vivir sin gobierno?, y concluyen diciendo que es necesario un jefe supremo, un enjambre de funcionarios, grandes y chicos, como ministros, jueces, magistrados, legisladores, soldados, carceleros, polizontes y verdugos.

Esas buenas personas creen que, faltando la autoridad, todos nos entregaríamos a cometer excesos, resultando de eso que el débil sería siempre la víctima del fuerte.

Eso podría suceder solamente en este caso: que los revolucionarios, por una debilidad digna de la guillotina, dejaran en pie la desigualdad social. La desigualdad social es la fuente de todos los actos antisociales que la ley y la moral burguesas consideran como crímenes, siendo el robo el más común de esos crímenes. Pues bien, cuando todo ser humano tenga la oportunidad de trabajar la tierra o de dedicarse, sin necesidad de andar alquilando sus brazos, a cualquier trabajo útil para poder subsistir, ¿quién será aquél que haga del robo una profesión como se ve ahora? En la sociedad que anhelamos los libertarios, la tierra y todos los medios de producción no serán más objeto de especulación para un determinado número de propietarios, sino que serán la propiedad común de los trabajadores,

y, como entonces no habrá más que una clase, la de los trabajadores, con derecho todos a producir y a consumir en común, ¿qué necesidad habrá de robar?

Se dirá que hay personas dadas a la holgazanería, y que éstas, en vez de trabajar, se aprovecharían del trabajo ajeno para vivir. Yo he vivido en diferentes presidios; he hablado con muchos ladrones, con cientos de ladrones; casi todos ellos habían robado por necesidad. No hay trabajo constante; los salarios son mezquinos; la jornada de labor es verdaderamente agotante; el desprecio de la clase propietaria para la clase proletaria es irritante; el ejemplo que la clase capitalista da a la clase trabajadora de vivir en la holganza, en lujo, en la abundancia, en el vicio, sin hacer nada útil, todo esto hace que algunos trabajadores, por hambre, por indignación o como una protesta contra las rapacidades de la burguesía, la roben y se conviertan en criminales, llegando hasta el extremo de matar para tomar lo que necesitan para vivir.

La profesión del robo no es ciertamente una de las más felices. Ella requiere una gran actividad y un gran derroche de energía por parte del ladrón, mayor actividad y mayor energía que la que en muchos casos se requiere para desempeñar alguna tarea: para llevar a cabo el robo, el ladrón tiene que espionar a su víctima, estudiar sus costumbres, cuidarse del polizonte, trazar planos, arriesgar la vida o la libertad, en continua zozobra (sin límite en esa clase de trabajo), y es de suponerse que un hombre no se entrega a él por placer, sino empujado por la necesidad o por la cólera de verse en la miseria, mientras la clase rica pasa a su lado, ebria de vino, de lujuria, la boca retorcida por el hipo del hartazgo, arropada en sedas y en trapos finos, envolviendo en una mirada de desprecio a la gente pobre que se sacrifica en el taller, en la fábrica, en la mina, en el surco...

La inmensa mayoría de la población de las cárceles está compuesta por individuos que han cometido un delito contra la propiedad: robo, estafa, fraude, falsificación, etcétera, mientras una pequeña minoría de delincuentes se encuentran prisioneros por delitos contra las personas. Abolida la propiedad privada, teniendo todos la facultad de escoger un trabajo de su agrado, pero útil a la comunidad; humanizando el trabajo en virtud de que no se efectúa para que el patrón acumule riquezas, sino para satisfacer necesidades; devueltos a la industria los miles y miles de brazos que hoy acapara el gobierno en sus oficinas, en los cuarteles, en las prisiones mismas; puestos todos a trabajar para ganarse el sustento, con la ayuda poderosa de la maquinaria de toda especie, se necesitará trabajar solamente unas dos o tres horas diarias para tener de todo en abundancia. ¿Habría entonces quien prefiriese el robo para poder vivir? El hombre, aun el más perverso, gusta siempre de atraerse la estima de los demás, de estar bien con los demás. Eso puede observarse hoy mismo, a pesar de que el medio en que vive la humanidad embota los mejores instintos de la especie, y, si esto es cierto, ¿por qué no admitir que el hombre sería mejor en el seno de una sociedad libre?

En cuanto a los delitos contra las personas, en su mayor parte son el producto del medio malsano en que vivimos. El hombre vive en constante sobreexcitación nerviosa; la miseria, la inseguridad de ganar el pan de mañana; los atentados de la autoridad; la certidumbre de que se es víctima de la tiranía política y de la explotación capitalista; la desesperación de ver crecer a la prole sin vestido, sin instrucción, sin porvenir; el espectáculo, nada edificante, de la lucha de todos contra todos, que nace precisamente del derecho de propiedad privada, pues ésta faculta a los astutos y a los malvados a amasar

capitales explotando a los trabajadores; todo eso, y mucho más, llena de hiel el corazón del hombre, lo hace violento, colérico, y lo precipita a sacar el revólver o el puñal para agredir, a veces por cuestiones baladíes. Una sociedad en que no exista esa brutal competencia entre los seres humanos para poder satisfacer todas las necesidades, calmaría la pasiones, suavizaría el carácter de las personas y fortalecería en ellas los instintos de sociabilidad y de solidaridad, los cuales son tan poderosos que, a pesar de la secular contienda de todos contra todos, no han muerto en el ser humano.

No: no hay que temer una vida sin gobierno; anhelémosla con toda la fuerza de nuestro corazón. Habrá, naturalmente, algunos individuos dotados de instintos antisociales; pero la ciencia se encargará de atenderlos, como enfermos que son, pues esas pobres personas son víctimas de atavismos, de enfermedades heredadas, de inclinaciones nacidas al calor de la injusticia y la brutalidad del medio.

Mexicanos: recordad cómo han vivido las poblaciones rurales de México. En las ranherías se ha practicado el comunismo; la autoridad no ha hecho falta; antes, por el contrario, cuando se sabía que algún agente de la autoridad se acercaba, huían los hombres al bosque, porque la autoridad solamente se hacía presente cuando necesitaba hombres para el cuartel o contribuciones para mantener a los parásitos del gobierno. En esos lugares, donde no se conocían las leyes ni amenazaba el gendarme con su garrote, se hacía vida tranquila.

La autoridad no hace falta más que para sostener la desigualdad social.

Mexicanos: ¡Muera la autoridad!

¡Viva Tierra y Libertad!

Regeneración, 24 de febrero de 1912.

POR LA PATRIA

Después de cada hecatombe, en que miles de borregos constitucionalistas pierden la vida, Carranza¹ levanta los ojos al cielo y dice, con voz llena de santa unción patriótica: “La patria quiere sacrificios”.

Huerta,² al saber que, en tal o cual combate, han rendido su existencia miles de borregos federales, entorna la mirada y dice suspirando: “Todo por la patria”.

¹ Venustiano Carranza (1859-1921). En 1910, se unió al maderismo. En 1911, Madero lo designa ministro de Guerra y Marina. En ese mismo año, fue nombrado gobernador de Coahuila, hasta que, en 1913, tras el asesinato de Madero, proclamó el Plan de Guadalupe, en el que no reconocía al gobierno usurpador de Huerta y se nombraba, a sí mismo, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. En octubre de 1914, convocó a la Convención de Aguascalientes y, en febrero de 1917, convocó a un Congreso Constituyente, para reformar la Constitución de 1857; en ese congreso, se promulgó la Constitución Política de los Estados Unidos de México que actualmente rige al país. Fue el encargado del Poder Ejecutivo desde el 14 de agosto de 1914 hasta el 30 de abril de 1917, y presidente constitucional de 1917 a 1920.

² Victoriano Huerta (1854-1916). En diciembre de 1900, combatió a los yaquis, en Sonora, y en 1902, a los mayas en Yucatán y Quintana Roo. En 1910, reprimió a los zapatistas en Morelos y Guerrero. En 1911, durante el interinato de León de la Barra y hasta el nombramiento del presidente Madero, acometió contra los seguidores de Zapata, que defendían el Plan de

Lo mismo dijo Iturbide,³ cuando la borrachera de Pío Marcha⁴ lo llevó al trono; Santa Anna⁵ pronunció idénticas palabras, cuando la borrachera de la plebe lo llevó a la dictadura; Bustamante⁶ profirió idénticas palabras, cuando el último estertor de Guerrero⁷ se perdió en los jacaes de Cuilapa;

Ayala. En febrero de 1913, tras la sublevación dirigida por Reyes y Mondragón, Huerta liberó a Félix Díaz, quien lo nombró comandante militar de la ciudad de México. Unos días después, propinó un golpe de Estado que culminó con el asesinato de Madero y Pino Suárez, el 22 de febrero, y asumió la presidencia de la República de 1913 a 1915, donde instaló una dictadura militar y disolvió el Congreso de la Unión.

³ Agustín de Iturbide o Agustín I (1783-1824). Durante las primeras etapas de la guerra de Independencia, militó en el ejército realista, combatiendo a los insurgentes. Posteriormente, durante el marco del Trienio liberal, combatió a Guerrero. Con ideología opuesta a la Constitución de Cádiz, pactó con las fuerzas insurgentes. En 1821, proclamó el Plan de Iguala. En agosto del mismo año, firmó los Tratados de Córdoba, con los cuales se consumó la Independencia, el 27 de septiembre de 1821. En 1822, fue proclamado primer emperador de México.

⁴ La noche del 18 de mayo de 1822, Pío Marcha, sargento del primer regimiento de infantería, hizo tomar las armas a la tropa de su cuartel de San Hipólito, el grupo se lanzó a la calle proclamando a Iturbide con el título de Agustín I, el pueblo los secundó y el estrépito aumentó con el repique general de campanas, con las salvas de artillería y los gritos de “¡Viva Agustín I!”

⁵ Antonio López de Santa Anna (1794-1876). Fue presidente de México en once ocasiones. Es una figura polémica en la historia del país.

⁶ Anastasio Bustamante (1780-1853). En 1828, el Congreso le otorga la vicepresidencia en el gobierno de Guerrero. Proclamó el Plan de Jalapa y desconoció el régimen de Guerrero. En dos ocasiones, fue presidente de la República (1830-1832 y 1837-1841).

⁷ Vicente Guerrero (1782-1831). El Congreso lo nombró presidente de México en enero de 1828, cargo que ocupó sólo ocho meses, durante los cuales afrontó graves problemas, como el suscitado por la expulsión de los españoles de México, el ofrecimiento de Estados Unidos para comprar Texas, a lo cual se opuso, y la guerra civil de Yucatán. El Congreso lo declaró imposibilitado para gobernar, por lo cual Guerrero se lanzó en una nueva

santiguándose como una cucaracha de iglesia, “todo por la patria” dijo Porfirio Díaz, cuando su brutal lugarteniente cumplió al pie de la letra, esta sentencia de hiena: “¡Mátalos en caliente!”; invocando a los espíritus, balbuceó algo parecido aquel pobre idiota que se llamó Francisco I. Madero, cuando las arenas de Rellano y de Conejos se enrojecieron con la sangre de maderistas y orozquistas; las mismas palabras abrieron paso a las balas que cortaron la estéril existencia de Madero y Pino Suárez.⁸

“¡Todo por la patria!” “¡La Patria quiere sacrificios!” Palabras estúpidas que han servido de pretexto para que legiones de brutos se rompan la cabeza.

Y bien, ¿qué es la patria? La patria es una mezcolanza de cosas, de ideas, de tradiciones, de prejuicios que muy pocos entienden, y, sin embargo, tal vez por ser incomprensible, muchos son los que ponen la panza a las balas enemigas por defender eso que no conocen y que ningún beneficio les reporta.

“La patria, se dice, es, en primer lugar, la tierra en que nacimos, con la añadidura de las gentes que pueblan esa tierra; las leyes que rigen las relaciones de esos habitantes, las tradiciones comunes de la raza. Eso es la patria, y por eso miles de hombres pierden la vida”.

guerra civil que se prolongó durante todo 1830. En enero de 1831, fue aprehendido a bordo del bergantín *El Colombo*; un consejo de guerra lo condenó a muerte y lo fusilaron en la villa de Cuilapan.

⁸ José María Pino Suárez (1869-1913). En Yucatán, dirigió el periódico *El Peninsular*. Afiliado al Partido Antireeleccionista, participó en la campaña política de Madero. Organizó los grupos de oposición en Tabasco y Yucatán. Fue gobernador provisional de Yucatán de junio a agosto de 1911, presidente del Senado de 1911 a 1912, secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes de 1912 a 1913. Asimismo, fue el séptimo y último vicepresidente de México, de 1911 hasta su asesinato, en 1913, durante los sucesos de la Decena Trágica.

El presidiario que consume su existencia en las penumbras del calabozo no puede decir que el presidio es su patria. Y los hombres que agonizan en el surco que no es suyo; los trabajadores que pierden la sangre en las fábricas ajenas; los mineros que socavan las minas de otros; todos los que trabajan para beneficiar al burgués, ¿qué patria tienen? Si la patria es la tierra en que nacimos, esa tierra debería ser de todos; pero no es así: esa tierra es la propiedad de unos cuantos, y esos pocos son los que ponen el fusil en nuestras manos para defender la patria. ¿No sería más lógico que, siendo ellos los dueños de la patria, fueran sus manos las que empuñaran el fusil y no las manos de los que no tienen más tierra que la que pueden recoger en los zapatos?

La patria, proletarios, es algo que no es nuestro, y, por lo mismo, en nada nos beneficia. La patria es de los burgueses, y, por eso, a ellos únicamente beneficia. La patria fue inventada por la clase parasitaria, por la clase que vive sin trabajar, para tener divididos a los trabajadores en nacionalidades y evitar, o al menos entorpecer por ese medio, su unión en una sola organización mundial que diera por tierra el viejo sistema que nos oprime.

Mediante los libros de las escuelas, la burguesía fomenta el patriotismo entre la niñez, sembrando así, en los tiernos pechos, el odio a las demás razas que pueblan el mundo. Las fiestas patrióticas abundan en todas las naciones del mundo; el culto a la bandera raya en fanatismo en todos los países; las tradiciones nacionales encuentran poetas y literatos que las narran, inflamando, en los pechos de la gente soberbias e insensatas, vanos orgullos de raza, pues esos literatos burgueses se dan maña para hacer entender que no hay raza más grande, más valiente, más inteligente que aquella a la que se dirigen. De esta manera, la burguesía divide en razas y en nacionalidades

a los habitantes de la tierra; y el trabajador ruso se considera más valiente que su hermano, el trabajador francés, mientras el proletario inglés cree que no hay en la tierra un hombre como él; y el español, por su parte, se jacta de ser la obra más perfecta del mundo; y el japonés, el alemán, el italiano, el mexicano, los individuos de todas las razas, se consideran siempre mejores que los demás de las otras razas. De esta división profunda entre el proletariado de todas las razas, se aprovecha la burguesía para dominar a sus anchas, pues la división por nacionalidades y razas impide que los trabajadores se pongan de acuerdo para derribar el sistema que nos ahoga.

El pobre no tiene patria, porque nada tiene, a no ser su mísera existencia. Son los burgueses los únicos que pueden decir: “ésta es mi patria”, porque ellos son los dueños de todo. Los pobres son el ganado encerrado en los grandes corrales llamados naciones, y, ¡oh, ironía!, a ese ganado se le obliga a defender la patria –esto es, la propiedad de los burgueses–, y, al caer por millares en los campos de batalla donde se deciden vulgares querellas de patrias de la política, gritan los jefes: “Todo por la patria”.

Basta de comedias, hermanos proletarios. Cualquiera que sea la bandería política por la cual empuñáis las armas, recordad que siempre habéis sido la carne de cañón sacrificada en aras de esa cosa que no existe para vosotros: la patria. ¡Basta de farsas! Matad a Huerta, a Carranza, a Villa, a todo aquel que os hable de patria, de ley, de gobierno paternal, y, como hombres, aprovechad los fusiles que tenéis en las manos para arrebatar del rico la tierra, las casas, las minas, los barcos, los ferrocarriles, haciendo, de todo ello, propiedad común, para que lo aprovechen, por igual, hombres y mujeres.

Regeneración, 18 de abril de 1914.

NO QUEREMOS REFORMAS

Cosa curiosa es que dos hombres que poseen distinta psicología, y que, para sus razonamientos, parten de premisas enteramente divergentes (pues diametralmente opuestas son sus convicciones económicas, políticas, filosóficas, sociales, morales y aun artísticas), lleguen, sin embargo, a estar de acuerdo en la solución de un problema tan complejo como es el del movimiento revolucionario de México.

Los dos hombres son Woodrow Wilson, presidente de los Estados Unidos, y Ariel, un colaborador de nuestro colega *Tierra y Libertad*, de Barcelona.

Ambos opinan que, subdividiendo los latifundios en pequeñas PROPIEDADES para ser repartidas entre los peones, se aseguraría la paz en México.

Dice Ariel en un artículo titulado “El indio mexicano”, que apareció en el número de *Tierra y Libertad*, correspondiente al 20 del pasado mayo: “Y puede asegurarse que, ínterin no se repartan las tierras, desapareciendo los latifundios, subdivididos en pequeñas propiedades, México será siempre, como hasta aquí, el país de las eternas revoluciones”.

Nosotros no opinamos ni como Ariel ni como Wilson precisamente porque somos antiautoritarios; esto es, anarquistas.

Esa repartición de tierras tendría que ser hecha por un gobierno, lesionando el llamado derecho de propiedad de los ricos, y todos los anarquistas sabemos que ninguno se atrevería a hacer tal cosa, pues faltaría al principal compromiso que tiene, y que es el de velar por los intereses de la clase capitalista.

Por lo demás, todos los anarquistas estamos convencidos de que el derecho de propiedad individual es causa de la esclavitud económica, política y social del proletariado. ¿Cómo pudiéramos creer entonces que quedase en paz “el país de las eternas convulsiones” si se perpetúa el infame derecho de la propiedad individual al dividir las tierras “en pequeñas propiedades”, pues, por pequeñas que fueran, no dejarían de ser propiedades?

Suponiendo que pudiera hacerse tal subdivisión (sin conceder que pudiera ser hecha por un gobierno), como estaría basada en el derecho de propiedad, tarde o temprano volvería a quedar la tierra en poder de unos cuantos, y las “eternas convulsiones” volverían a manifestarse. Esto, sin hacer mención de los que nacieran después de que el reparto hubiera sido hecho, pues se encontrarían tan desheredados como los que actualmente luchan por conquistar la tierra.

Penetrados por estas verdades, los miembros del Partido Liberal Mexicano nos esforzamos por hacer entender, a los proletarios que ignoran nuestros ideales de reconstrucción social, que la solución del problema del hambre no está en la subdivisión de la tierra en pequeñas propiedades, sino en unir toda la tierra y trabajarla en común, sin patrones y sin gobernantes, teniendo todos, hombres y mujeres, el mismo derecho a trabajarla. Gracias a esas “eternas convulsiones”, los miembros del Partido Liberal Mexicano tienen la oportunidad (que debemos aprovechar como verdaderos revolucionarios) de

propagar sus ideales por medio de la palabra y de la acción; esto ha dado, como resultado, el hecho de que varias regiones de lo que se llama República Mexicana estén en poder de poblaciones comunistas, las cuales saben, a la vez, labrar la tierra y pelear en su ofensa. Ejemplos: el Yaqui, la región del centro del estado de Durango, México, Guanajuato, Michoacán, Jalisco, Guerrero, el sur de Puebla y otros, en que los habitantes han tomado posesión de la tierra, de las casas, de los almacenes y de los útiles de trabajo.

No, no hay que conformarse con repartos de tierras; hay que tomarlo todo, para hacerlo propiedad común, no individual, y, para obtener este resultado, los miembros del Partido Liberal Mexicano no solamente luchan en grupos netamente libertarios, organizados para la guerra, sino que, esparcidos individualmente por todo el país, propagan en campos y pueblos los principios salvadores contenidos en el manifiesto de 23 de septiembre de 1911; principios que abogan por la desaparición, para siempre, de la autoridad, del capital y del clero.

Y no para ahí la intensa propaganda de los miembros del Partido Liberal Mexicano, pues muchos de ellos, audaces e inteligentes, sientan plazas de soldados, entre las filas de carrancistas y huertistas, para educar a los proletarios inconscientes, y los efectos de esa propaganda todos lo sabemos: son las deserciones en masa, las rebeliones de compañías enteras de las milicias de los partidos puramente políticos y el robustecimiento consiguiente de las fuerzas de los combatientes de la bandera roja.

Nosotros creemos que, mejor que con reformas ilusorias, debemos llevar esta lucha hasta el fin: hasta alcanzar la emancipación económica, política y social del proletariado.

Regeneración, 13 de junio de 1914.

EL MIEDO DE LA BURGUESÍA ES LA CAUSA DE LA INTERVENCIÓN

Camaradas:

Hipocresía, ambición irrefrenable, miedo: éstos son los ingredientes malditos que entran en la composición de ese acto de piratas que se conoce con el nombre de “intervención norteamericana”. El atentado de Veracruz no es el acto gallardo del hombre que se interpone entre el verdugo y la víctima, sino el asalto brutal del bandido, llevado a cabo por sorpresa y por la espalda. La invasión de Veracruz por las fuerzas del capitalismo yanqui no es el asalto audaz a la trinchera, en pleno día y a sangre y fuego, sino el golpe asestado en las tinieblas por un brazo invisible. La mano que clavó en las alturas de la ciudad sorprendida la bandera de las barras y las estrellas no fue la robusta mano del héroe, inspirado en altos ideales, sino la mano temblorosa del negociante, que lo mismo sabe vaciar de un zarpazo los bolsillos del pueblo, que azuzar sus perros contra el mismo pueblo, cuando éste muestra poca disposición para ser desvalijado.

EL MIEDO A LA BANDERA ROJA

La burguesía de los Estados Unidos —y la de todo el mundo— ve con espanto que el trabajador mexicano haya tomado por su cuenta la obra de su emancipación. La burguesía de todos los países no se siente tranquila ante el hermoso ejemplo que el proletariado mexicano está dando desde hace cuatro años, y teme que el ejemplo cunda a todos los países de la tierra; teme que, de un momento a otro, aquí mismo, así como en los Estados Unidos, en Europa y por todas partes, el desheredado enarbole la bandera de la rebelión, y, a ejemplo de su hermano, el desheredado mexicano, prenda fuego a los palacios de sus señores, tome posesión de la riqueza y arranque la existencia de autoridades y ricos.

EL INSULTO A LA BANDERA

La burguesía de todos los países tiene interés, además, en que México esté poblado por esclavos, para que no disminuyan los negocios. Quiere ver al mexicano eternamente encorvado, dejando en el trabajo su sangre, su salud y su porvenir, en provecho de sus amos. Estos son los motivos de la invasión norteamericana. ¡Mentira que el insulto a la bandera de los Estados Unidos haya precipitado la guerra con México! Si los ricos y los gobiernos no tuvieran interés en que los explotados de todo el mundo no sigan el ejemplo de los desheredados de México; si el derecho de propiedad privada y el principio de autoridad no bamboleasen en México al empuje de los dignos proletarios rebeldes, no declararían la guerra, así pudiera permanecer eternamente, en la bandera estrellada, la saliva de Huerta.

Es, pues, el miedo de los grandes de la tierra la causa de la guerra con México: el miedo a que se extienda por todo el mundo el movimiento mexicano, y el miedo a perder, para sus negocios, ese rico filón de oro que se llama México.

LA LIBERTAD ECONÓMICA

Los hechos acaecidos en México desde hace cuatro años muestran que el desheredado mexicano está levantado en armas, con el fin de conquistar, de una vez y para siempre, su libertad económica; esto es, la posibilidad de satisfacer todas sus necesidades tanto materiales como intelectuales, tanto las del cuerpo como las del pensamiento, sin necesidad de depender de un amo. La toma de posesión de la tierra y de los instrumentos de labranza, llevada a cabo, en distintas regiones del país, por las poblaciones sublevadas, indica que el proletariado mexicano ha empuñado el fusil no para darse el extraño gusto de echarse encima de los hombros un nuevo gobernante, sino para conquistar la posibilidad de vivir sin depender de nadie, que es lo que debe entenderse por libertad económica.

ACCIÓN DIRECTA

El capitalismo ríe cuando el trabajador emplea la boleta electoral para conquistar su libertad económica; pero tiembla cuando el trabajador hace pedazos, indignado, esas boletas, que sólo sirven para nombrar parásitos, y empuña el rifle, para arrancar resueltamente, de las manos del rico, el bienestar y

la libertad. Ríe el capitalismo ante las masas obreras que votan, porque sabe bien que el gobierno, por socialista que sea, es el instrumento de los que poseen bienes materiales y el natural enemigo de los desheredados; pero su risa se torna en convulsión de terror, cuando, perdida la confianza y la fe en el paternalismo de los gobiernos, el trabajador endereza el cuerpo, pisotea la ley, tiene confianza en sus puños, rompe sus cadenas y abre, con éstas, el cráneo de las autoridades y los ricos...

QUIEREN ESCLAVOS

Veis, pues, que el capitalismo de todos los países tiene interés en que los trabajadores de otras partes del mundo no tomen ejemplo de los trabajadores mexicanos, y ése es el motivo que lo ha empujado a obligar al gobierno de los Estados Unidos a intervenir en México. Poco importa a los capitalistas el insulto a la bandera de las barras y las estrellas; ellos mismos se ríen de ese trazo; ellos mismos hacen escarnio de ese hilacho, adornando con él las colas de los caballos y de los perros. Lo que a los capitalistas les interesa es que el trabajador mexicano siga encorvado sobre el surco, fecundando, con su sudor, una tierra que no es suya; lo que a los capitalistas interesa es que haya un gobierno estable en México, que responda, a balazos, las demandas de los trabajadores.

EL GOBIERNO, PROTECTOR DE LOS RICOS

¡Un gobierno!: eso es todo lo que piden los capitalistas, tanto mexicanos como de todo el mundo, porque ellos saben bien

que gobierno es tiranía; porque ellos –los capitalistas– son los verdaderos gobernantes; pues los gobernantes, lo mismo sean presidentes como sean reyes, no son otra cosa que los perros guardianes del capital.

¿Qué beneficio le viene al pobre con tener un gobierno? ¿Tiene, siquiera, pan, albergue, vestido y educación para sus hijos? ¿Es respetado el pobre por los representantes de la autoridad? Para el pobre, el gobierno es un verdugo. El pobre tiene que trabajar para pagar contribuciones al gobierno, y el gobierno tiene por misión defender los intereses de los ricos. ¿No es esto un contrasentido? El gobierno tiene gendarmes destinados a velar por los intereses de los ciudadanos; pero ¿qué intereses materiales tiene que perder el pobre? Desengañémonos, trabajadores: los pobres tenemos que pagar para que los bienes de los ricos sean protegidos; somos las víctimas las que tenemos que mantener, con nuestro sudor y nuestros sufrimientos, a los encargados de velar por la seguridad de los bienes de nuestros verdugos; bienes que, en manos de los ricos, son el origen de nuestra esclavitud, son la fuente de nuestro infortunio.

Por eso los liberales gritamos: ¡muera todo gobierno! Y nuestros hermanos, los miembros del Partido Liberal Mexicano, luchan y mueren en los campos de la acción, con el propósito de liberar al pueblo mexicano de ese monstruo de tres cabezas: gobierno, capital, clero. Y, en su acción redentora, el esclavo de ayer se enfrenta a sus señores, ya no como el siervo de antes, sino como hombre, con la bomba de dinamita en una mano y tremolando, con la otra, la bandera roja de Tierra y Libertad.

LA EXPLOTACIÓN

Ha llegado el momento de tomar. Pasó, tal vez para no volver jamás, la época de la súplica y del ruego. Ya no piden pan más que los cobardes; los valientes toman. A los que se rompen la cabeza para obtener de sus amos la jornada de ocho horas, se les ve con lástima; los buenos no solamente rechazan la gracia de las ocho horas, sino que rechazan el sistema de salarios, y, consecuentes con sus doctrinas, con la misma mano con que se apoderan de la riqueza que indebidamente retiene el rico, parten el corazón de éste en dos, porque saben que si el burgués sobrevive a su derrota, la derrota se transforma en reacción y la reacción en la amenaza de la revolución.

Por todo esto la Revolución mexicana es el espectáculo más grandioso que han contemplado las edades. El proletariado rebelde hace pedazos la ley, quema los archivos judiciales y de la propiedad, incendia las guaridas de la burguesía y de la autoridad, y, con la mano con que antes hacía el signo de la cruz, con la mano que antes se extendía suplicante ante sus señores, con la mano creadora que sólo había servido para amasar la fortuna de sus amos, toma posesión de la tierra y de los instrumentos de trabajo, declarándolo todo, propiedad de todos.

LA RUINA DE LA BURGUESÍA

Ya comprenderéis, hermanos desheredados, la impresión que este generoso movimiento habrá producido en el ánimo de los burgueses de todo el mundo. Ellos, que nos quisieran ver agonizantes a las plantas del hacendado y del cacique; ellos, que sueñan con que el país vuelva a estar en las mismas condiciones

en que se encontraba bajo el despotismo de Porfirio Díaz. Pero esos tiempos se fueron para no volver jamás. Hoy, para cada burgués, tenemos un puñal; para cada gobernante, tenemos una bomba. Pasaron aquellos tiempos en que el burgués hacía tranquilamente la digestión mientras sus esclavos se arrastraban sobre el surco o se consumían de anemia y de fatiga, en el fondo de la mina y de la fábrica. Ahora el burgués tiene que franquear las fronteras del país, si no quiere pender de un poste de telégrafo.

NO QUIEREN LA GUILLOTINA

“Por humanidad, dicen los burgueses, es necesario que los Estados Unidos intervengan en México”. ¡Por humanidad! ¿Quiénes nos hablan de humanidad? Nos hablan de humanidad los chacales carniceros que han bebido la sangre de los pobres. Nos hablan de humanidad los vampiros que no han tenido una mirada de compasión para los pobres. Ellos saben bien que nuestros pequeñuelos tienen hambre; ellos han visto nuestras covachas; ellos se han reído de nuestros andrajos; ellos nos han apartado con el bastón en el paseo para que no les ensuciemos sus vestidos; ellos nos han visto reventar de hambre a la vuelta de una esquina; ellos nos explotan, mientras nuestros brazos son fuertes, y nos arrojan a la calle cuando somos viejos; ellos explotan los bracitos de nuestros hijos, imposibilitándolos para ganarse el pan más tarde; ellos conocen todos nuestros sufrimientos, sufrimientos causados por ellos, sufrimientos de los cuales ellos sacan su poder y su riqueza. ¿Cuándo han tenido para los pobres una mirada de lástima siquiera? No, hermanos de infortunio, no es “por humanidad”

por lo que los burgueses están urgiendo la intervención; lo que ellos quieren es que se salve el sistema capitalista, amenazado hoy de muerte por la acción del proletariado en armas; lo que ellos quieren es salvar sus riquezas y ahorrar a la guillotina el trabajo de cortarles el pescuezo.

TIERRA Y LIBERTAD, O MUERTE

Pero todos los esfuerzos de la arrogante burguesía resultarán inútiles. El trabajador ha levantado la cabeza; el trabajador sabe que, entre las dos clases —la de los hambrientos y la de los hartos, la de los pobres y la de los ricos—, no puede haber paz, no debe haber paz, sino guerra sin tregua, sin cuartel, hasta que la clase trabajadora, triunfante, haya echado la última piletada de tierra sobre el sepulcro del último burgués y del último representante de la autoridad, y los hombres redimidos puedan, al fin, darse un abrazo de hermanos y de iguales.

Discurso pronunciado el 4 de julio de 1914,
en Santa Paula, California, EUA.

LA PATRIA BURGUESA Y LA PATRIA UNIVERSAL

Camaradas:

La humanidad se encuentra en uno de los momentos más solemnes de su historia. En el universo nada es estable: todo cambia, y nos encontramos en el momento en que un cambio está por efectuarse, en lo que se refiere al modo de agruparse de los seres humanos, así como al conjunto de las instituciones económicas, políticas, sociales, morales y religiosas que constituyen lo que se llama sistema capitalista; o sea, el sistema de propiedad privada o individual.

El sistema capitalista muere herido por sí mismo, y la humanidad, asombrada, presencia el formidable suicidio. No son los trabajadores los que han arrastrado a las naciones a echarse unas sobre otras: es la burguesía misma la que ha provocado el conflicto, en su afán por dominar los mercados. La burguesía alemana realizaba colosales progresos en la industria y en el comercio, y la burguesía inglesa sentía celos de su rival. Eso es lo que hay en el fondo de ese conflicto que se llama guerra europea: celos de mercachifles, enemistades de traficantes, querellas de aventureros. No se litiga en los campos de Europa el honor de un pueblo, de una raza o de una patria, sino que se disputa, en esa lucha de fieras, el bolsillo de cada quien: son

lobos hambrientos, que tratan de arrebatar una presa. No se trata del honor nacional herido ni de la bandera ultrajada, sino de una lucha por la posesión del dinero; del dinero que primero se hizo con el sudor del pueblo en los campos, en las fábricas, en las minas, en todos los lugares de explotación. Y ahora se quiere que ese mismo pueblo explotado guarde ese dinero, con su vida, en los bolsillos de los que lo robaron.

¡Qué sarcasmo! ¡Qué ironía sangrienta! Se hace trabajar al pueblo por un mendrugo, quedándose los amos con la ganancia, y después se hace que los pueblos se destrocen, unos a otros, para que esa ganancia no sea arrancada de las uñas de sus verdugos. Protegernos los pobres está bien: ése es nuestro deber, ésa es la obligación que nos impone la solidaridad. Protegernos los unos a los otros, ayudarnos, defendernos mutuamente, es una necesidad que debemos satisfacer, si no queremos ser aniquilados por nuestros señores; pero armarnos, y echarnos unos sobre los otros para defender el bolsillo de nuestros amos, es un crimen de lesa clase, es una felonía que debemos rechazar, indignados. A las armas, está bien; pero contra los enemigos de nuestra clase, contra los burgueses, y, si nuestro brazo ha de tronchar alguna cabeza, que sea la del rico; si nuestro puñal ha de alcanzar algún corazón, que sea el del burgués. Pero no nos destrocemos los pobres unos a otros.

En los campos de Europa, los pobres se destrozan los unos a los otros en beneficio de los ricos, quienes hacen creer que luchan en beneficio de la patria. Y bien; ¿qué patria tiene el pobre? El que no cuenta más que con sus brazos para ganarse el sustento, sustento del que carece si el amo maldito no se le antoja explotarlo, ¿qué patria tiene? Porque la patria debe ser algo así como una buena madre que ampara por igual a todos sus hijos. ¿Qué amparo tienen los pobres en sus respectivas

patrias? ¡Ninguno! El pobre es un esclavo en todos los países, es desgraciado en todas las patrias, es un mártir bajo todos los gobiernos. Las patrias no dan pan al hambriento, no consuelan al triste, no enjugan el sudor de la frente del trabajador rendido de fatiga, no se interponen entre el débil y el fuerte para que éste no abuse del primero; pero, cuando los intereses del rico están en peligro, entonces se llama al pobre para que exponga su vida por la patria, por la patria de los ricos, por una patria que no es nuestra, sino de nuestros verdugos.

Abramos los ojos, hermanos de cadena y de explotación; abramos los ojos a la luz de la razón. La patria es de los que la poseen, y los pobres nada poseen. La patria es la madre cariñosa del rico y la madrastra del pobre. La patria es el polizonte armado de un garrote que nos arroja a puntapiés al fondo de un calabozo o nos pone el cordel en el pescuezo, cuando no queremos obedecer las leyes escritas por los ricos, en beneficio de los mismos ricos. La patria no es nuestra madre: ¡es nuestro verdugo!

Y por defender a ese verdugo, nuestros hermanos, los proletarios de Europa, se arrancan la existencia los unos a los otros. Imaginaos el espacio que ocuparían más de 6'000,000 de cadáveres; imaginaos una montaña de cadáveres, ríos de sangre y de lágrimas. Eso es lo que ha producido, hasta este momento, la guerra europea. Y esos muertos son nuestros hermanos de clase, son carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre. Son trabajadores que, desde niños, fueron enseñados a amar a la patria burguesa, para que, llegado el caso, se dejaran matar por ella. ¿Qué poseían de sus patrias esos héroes? ¡Nada! No poseían otra cosa que un par de brazos robustos para procurarse el sustento propio y el de sus familias. Ahora, las viudas, los dolientes de esos trabajadores tendrán que morir de

hambre. Las mujeres se prostituirán para llevarse a la boca un pedazo de pan; los niños robarán para llevar algo de comer a sus ancianos padres; los enfermos irán al hospital y a la tumba. Burdel, presidio, hospital, muerte miserable: he ahí el premio que recibirán los deudos de los héroes que mueren por su patria, mientras que los ricos y los gobernantes derrochan, en francachelas, el oro que se ha hecho gracias al sudor del pueblo en la fábrica, en el taller, en la mina. ¡Qué contraste! Sacrificio, dolor, lágrimas, para los que todo lo producen, para los creadores abnegados de la riqueza. Placeres y dichas para los holgazanes que están sobre nuestros hombros. Sacudámonos, agitémonos, obremos para que caigan, a nuestros pies, los parásitos que acaban con nuestra existencia. Pongamos resueltamente nuestros puños en el cuello del enemigo. Somos más fuertes que él. Un revolucionario dijo esta inmensa verdad: “Los tiranos nos parecen grandes, porque estamos de rodillas; ¡levantémonos!”¹

Y bien: horrible como es la carnicería insensata que convierte en matadero el territorio del Viejo Mundo, ella tiene que producir inmensos bienes a la humanidad, y, en lugar de entregarnos a tristes reflexiones, considerando tan sólo el dolor, las lágrimas y la sangre, alegrémonos, regocijémonos de que tal hecatombe haya tenido lugar: la catástrofe mundial que contemplamos es un mal necesario. Los pueblos, envilecidos por la civilización burguesa, ya no se acordaban de que tenían derechos, y se hacia indispensable una sacudida formidable

¹ La frase original, *Les grands ne nous paraissent grands que parce que nous sommes à genoux. Levons-nous!*, es del periodista francés Élisée Loustallot (1762-1790), célebre epígrafe del periódico *Révolutions de Paris*, que circuló de julio 1789 a febrero 1794.

para despertarlos a la realidad de las cosas. Hay muchos que necesitan del dolor para abrir sus cerebros a la razón. El maltrato envilece al apocado y al tímido; pero, en el pecho del hombre de vergüenza, despierta sentimientos de dignidad y de noble orgullo, que lo hacen rebelarse. El hambre doblega al cobarde y lo entrega de rodillas al burgués; pero es al mismo tiempo un acicate que hace encabritar a los pueblos. El sufrimiento puede conducir a la resignación y a la paciencia; pero también puede poner, en las manos del hombre valiente, el puñal, la bomba y el revólver. Y esto será lo que suceda cuando termine esta guerra infame, o lo que la hará terminar. Las grandes batallas campales terminarán con la barricada y el motín de los pueblos rebelados, y las banderas nacionales se desvanecerán en el espacio, para dar lugar a la bandera roja de los desheredados del mundo.

Entonces la Revolución que nació en México, y que vive aún como un azote y un castigo para los que explotan, los que embaucan y los que oprimen a la humanidad, extenderá sus flamas bienhechoras por toda la tierra y, en lugar de cabezas de proletarios, rodarán por el suelo las cabezas de los ricos, de los gobernantes y de los sacerdotes, y un solo grito subirá al espacio, escapado del pecho de millones y millones de seres humanos: ¡Viva Tierra y Libertad!

Y por primera vez el sol no se avergonzará de enviar sus rayos gloriosos a esta mustia tierra, dignificada por la rebelión, y una humanidad nueva, más justa, más sabia, convertirá a todas las patrias en una sola patria, grande, hermosa, buena: la patria de los seres humanos; la patria del hombre y de la mujer, con una sola bandera: la de la fraternidad universal.

Saludemos, compañeros de fatigas y de ideales, a la Revolución mexicana. Saludemos esa epopeya sublime del peón

convertido en hombre libre por la rebeldía, y pongamos todo lo que esté de nuestra parte, nuestro dinero, nuestro talento, nuestra energía, nuestra buena voluntad, y, si necesario es, sacrifiquemos nuestro bienestar, nuestra libertad y aún nuestra vida para que esa revolución no termine con el encumbramiento de ningún hombre al poder, sino que, siguiendo su curso reivindicador, termine con la abolición del derecho de propiedad privada y la muerte del principio de autoridad. Porque, mientras haya hombres que poseen y hombres que nada tienen, el bienestar y la libertad serán un sueño; continuarán existiendo tan sólo como una bella ilusión jamás realizada.

La revolución no debe ser el medio de que se valgan los malvados para encumbrarse, sino el movimiento justiciero que dé muerte a la miseria y a la tiranía, cosas que no mueren eligiendo gobernantes, sino acabando con el llamado derecho de propiedad privada. Este derecho es la causa de todos los males que sufre la humanidad. No hay que buscar el origen de nuestros males en otra cosa, pues por el derecho de propiedad hay gobierno y hay sacerdotes. El gobierno es el encargado de ver que los ricos no sean despojados por los pobres, y los sacerdotes no tienen otra misión que infundir en los pechos proletarios la paciencia, la resignación y el temor a Dios, para que no piensen jamás en rebelarse contra sus tiranos y explotadores.

El Partido Liberal Mexicano –unión obrera revolucionaria– comprende que la libertad y el bienestar son imposibles mientras existan el capital, la autoridad y el clero, y a la muerte de estos tres monstruos, o de ese monstruo de tres cabezas, tienden todos sus esfuerzos, y a la propaganda y a la acción de los miembros de este Partido se debe el hecho de que no hay un gobierno estable en México; esto es, que no se ha fortalecido

una nueva tiranía. No queremos, no queremos gobernantes ni sacerdotes; no queremos bribones que exploten las fuerzas de los trabajadores; no queremos bandidos que sostengan con la ley a esos bribones, ni malvados que, en nombre de cualquier religión, hagan del pobre un cordero que se deje devorar por los lobos, sin resistencia y sin protesta.

Aquellos de vosotros que queráis conocer a fondo por qué lucha el Partido Liberal Mexicano, no tenéis que hacer otra cosa más que leer el manifiesto del 23 de septiembre de 1911, promulgado por la Junta Organizadora del Partido.

Así como la guerra europea es un mal necesario, la Revolución mexicana es un bien. Hay sangre, hay lágrimas, hay sacrificios, es cierto; pero ¿qué grande conquista ha sido obtenida entre fiestas y placeres? La libertad es la conquista más grande que puede apetecer un pecho digno, y la libertad sólo se obtiene arrojando la muerte, la miseria y el calabozo.

Pensar que de otra manera se puede conquistar la libertad es equivocarse lamentablemente.

Nuestra libertad está en las manos de nuestros opresores: de ahí que no podamos adquirirla sin lucha y sin sacrificio.

¡Adelante! Si en Europa se combate todavía por la patria (esto es, por los ricos), ¡en México se lucha por Tierra y Libertad! ¡Adelante! El momento es solemne. En México el sistema capitalista se derrumba a los golpes de la plebe dignificada y los clamores de los ricos y los clérigos llegan a Washington a trastornar el seso de ese pobre juguete de la burguesía que se llama Woodrow Wilson, el presidente enano, el funcionario de sainete que, por ironía del destino, le ha tocado ser actor en una tragedia en la que solamente deberían tomar parte personajes de hierro.

¡Adelante! El remedio está a nuestro alcance. Para acabar con el sistema capitalista, no tenemos otra cosa que hacer que

poner nuestras manos sobre los bienes que se encuentran en las garras de los ricos, y declararlos propiedad de todos, hombres y mujeres. El hombre arriesga su vida por encumbrar a un gobernante, que, por más amigo del pobre que se diga ser, nunca lo será más que lo es del rico, ya que su misión es velar porque la ley sea respetada, y la ley ordena que se respete el derecho de propiedad privada o individual. ¿Para qué matarse por tener un gobierno? ¿Por qué no, mejor, sacrificarse por no tener ninguno, con mayor razón cuando el mismo esfuerzo que se hace para quitar a un gobernante y poner otro en su lugar, es el mismo que se necesita para arrancar de las manos de los ricos la riqueza que detentan?

La expropiación: ése es el remedio; pero debe ser la expropiación para beneficio de todos y no de unos cuantos. La expropiación es la llave de oro que abre las puertas de la libertad, porque la posesión de la riqueza da la independencia económica. El que no necesita alquilar sus brazos para vivir, ése es libre.

¡Adelante! No es posible detenerse y ser simples espectadores del drama formidable. Que cada cual se una a los de su clase: el pobre, con el pobre; el rico, con el rico, para que cada quien se encuentre con los suyos y en su puesto en la batalla final: la de los pobres contra los ricos; la de los oprimidos contra los opresores; la de los hambrientos contra los hartos, y, cuando el humo del último disparo se haya disipado y, del edificio burgués, no quede piedra sobre piedra, que el sol alumbré nuestras frentes ennoblecidas y a la tierra le quepa el orgullo de sentirse pisada por hombres y no por rebaños.

Aprendamos algo de nuestros hermanos los revolucionarios expropiadores de México. Ellos no han esperado a que se encarama nadie a la Presidencia de la República para ini-

ciar una era de justicia. Como hombres, han destruido todo lo que se oponía a su acción redentora. Revolucionarios de verdad, han hecho pedazos la ley; la ley solapadora de la injusticia; la ley alcahueta del fuerte. Con mano robusta, han hecho pedazos las rejas de los presidios y, con los barrotes, han hundido el cráneo de jueces y cagatintas. Al burgués le han acariciado el pescuezo con la cuenta de los ahorcados, y, con gesto heroico, jamás presenciado por los siglos, han puesto las manos sobre la tierra, que palpita emocionada al sentirse poseída por hombres libres...

¡Adelante! Que en este momento solemne cada quien cumpla con su deber.

¡Viva la anarquía! ¡Viva el Partido Liberal Mexicano!
¡Viva Tierra y Libertad!

Discurso pronunciado el 19 de septiembre de 1915.

CONSEJO EDITORIAL

Dip. Tomás Brito Lara

Presidente

Grupo Parlamentario del PRD

Dip. José Enrique Doger Guerrero <i>Titular</i>	Dip. Juan Pablo Adame Alemán <i>Titular</i>
Dip. Eligio Cuitláhuac González Farías <i>Suplente</i>	
Grupo Parlamentario del PRI	Grupo Parlamentario del PAN
Dip. Ricardo Astudillo Suárez <i>Titular</i>	Dip. Alberto Anaya Gutiérrez <i>Titular</i>
Dip. Laura Ximena Martel Cantú <i>Suplente</i>	Dip. Ricardo Cantú Garza <i>Suplente</i>
Grupo Parlamentario del PVEM	Grupo Parlamentario del PT
Dip. Luis Antonio González Roldán <i>Titular</i>	Dip. José Francisco Coronato Rodríguez <i>Titular</i>
Dip. José Angelino Caamal Mena <i>Suplente</i>	Dip. Francisco Alfonso Durazo Montaña <i>Suplente</i>
Grupo Parlamentario de Nueva Alianza	Grupo Parlamentario de Movimiento Ciudadano

Mtro. Mauricio Farah Gebara

Secretario General

Lic. Juan Carlos Delgadillo Salas

Secretario de Servicios Parlamentarios

Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública
Centro de Estudios para el Adelanto de las Mujeres y la Equidad de Género
Centro de Estudios de las Finanzas Públicas
Centro de Estudios para el Desarrollo Rural Sustentable y la Soberanía Alimentaria
Centro de Estudios de Derecho e Investigaciones Parlamentarias
Centro de Documentación, Información y Análisis

Édgar Piedragil Galván

Secretario Técnico del Consejo Editorial

El derecho de rebelión

DE RICARDO FLORES MAGÓN,
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES DE OFFSET REBOÁSÁN,
EN LA CIUDAD DE MÉXICO,
EN JUNIO DE 2014.
EL TIRO CONSTA DE 4000 EJEMPLARES



TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

18. *Correspondencia política II*
FRANCISCO I. MADERO
19. *Memorias. Selección*
PORFIRIO DÍAZ
20. *El derecho de rebelión*
RICARDO FLORES MAGÓN
21. *Fases distintas de un hombre*
JUAN SÁNCHEZ AZCONA
22. *Documentos constitucionalistas*
VENUSTIANO CARRANZA
23. *Ser ciudadano*
MARTÍN LUIS GUZMÁN
24. *La Constitución y la dictadura. Selección*
EMILIO RABASA
25. *La Constitución de 1857 y sus críticos. Selección*
DANIEL COSÍO VILLEGAS
26. *Temas de reflexión democrática para políticos incipientes*
LUIS CABRERA
27. *Memorias políticas*
JOSÉ VASCONCELOS
28. *Documentos escogidos*
LAZARO CARDENAS
29. *La epopeya del petróleo en México*
JESÚS SILVA HERZOG

La colección Biblioteca del Pensamiento Legislativo y Político Mexicano que presenta el Consejo Editorial de la H. Cámara de Diputados, LXII Legislatura, pretende mostrar, por medio de la pluma de significativos escritores, periodistas, historiadores y pensadores, en distintas etapas de la historia nacional, las ideas y expresiones que cimentaron y enriquecieron nuestra norma jurídica a favor del bien colectivo.

Tras la Independencia, la organización del joven país requirió de una intensa labor legislativa para reconocer que la soberanía reside en la Nación. Esta lucha se prolongó hasta la consolidación como República gracias a las Leyes de Reforma, las cuales constituyeron la revolución cultural más trascendente del siglo XIX mexicano, además de ser uno de los más notables antecedentes de los estatutos que actualmente rigen el Estado.

De esta manera, la colección Biblioteca del Pensamiento Legislativo y Político Mexicano rescata una visión distinta de nuestro fuero y difunde los principios de libertad, integridad y democracia del pensamiento legislativo y político mexicano.